

BOLSILIBROS
MASA

TERROR

EL ALFILER

Y OTROS RELATOS

Frank
Martin



FRIED
NORTH



TERROR &



© FRANK MARTIN 1976
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00475-4
Depósito legal: M. 35.998 - 1976

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

EL ALFILER
Y OTROS RELATOS

**Frank
Martin**



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

EL ALFILER

A

Nelly Watson le gustaba su empleo en aquella biblioteca pública poco frecuentada por los ocasionales lectores.

Cuando alguien le preguntaba por qué había elegido su profesión, respondía que amaba los libros más que nada en el mundo. Desde siempre. Desde que tenía uso de razón, Nelly los había preferido más que a cualquier otra cosa.

Para ella, el cine, ir a bailar, salir con muchachos de su edad, todo eso carecía de interés.

Solo los libros, solo la lectura eran para ella diversión, distracción, motivo de conversación y hasta, según se decía ella misma, su razón de vivir.

Cuando Nelly tuvo edad para elegir la clase de estudios que podía seguir o el trabajo que le pudiera interesar, optó por realizar unos cursillos oficiales de bibliotecaria y, una vez terminados, buscar empleo en aquella profesión que le iba a permitir, y aun obligar, a vivir siempre entre libros.

¡Qué gran felicidad!

Iba a estar como pez en el agua...

A sus veintitrés años había leído más que muchas personas de cincuenta.

Y se mostraba orgullosa de ello.

A los pocos días de haber ocupado su plaza en la biblioteca, le había decepcionado un tanto la casi ausencia de lectores. Pero pronto se había alegrado de aquella falta, para ella inexplicable, de público, porque era precisamente esta ausencia lo que le permitía leer...

Leer, leer, leer sin descanso.

Casi desde el mismo instante en que se había hecho cargo del empleo había empezado a husmear en ficheros y estanterías en busca de libros y textos, cosa que había motivado jocosos y afectuosos comentarios de Joe.

Joe era el ordenanza y vigilante de la biblioteca, hombre de unos sesenta años y que había visto pasar por allí docenas y docenas de bibliotecarias.

Joe aseguraba a Nelly que durante sus muchos años de servicio, no había visto jamás a nadie con tanto interés por los libros como el que ella mostraba.

Nelly solía contestar:

—Es que los libros no te engañan, Joe...

—¿Cómo?

—Sí, ellos siempre dicen la verdad. No hacen como las personas, que cuando dicen blanco quieren decir negro y al revés...

—Puede que tenga usted razón, señorita, pero yo prefiero a las personas. Aunque le engañen a uno. Yo prefiero charlar con la gente.

—¿Por qué?

—Porque los libros... son ellos solos los que hablan.

—Pero... pero es maravilloso todo cuanto dicen.

Joe se encogía de hombros y daba por terminada la conversación.

Nelly seguía leyendo y las horas pasaban sin que ella se diera cuenta.

Todas las tardes, cuando terminaba su horario de trabajo, Nelly se llevaba bajo el brazo el libro que no había tenido tiempo de terminar.

Y una tarde, cuando aún no llevaba en su empleo más de cinco semanas, Nelly los descubrió.

Aquellos libros...

Se hallaban en lo más alto de una de las estanterías, llenos de polvo. Daban la sensación de no haber sido tocados desde docenas de años. Sus títulos no figuraban en los completísimos catálogos y ficheros que Nelly se había esforzado por ordenar y repasar una y otra vez durante aquellas semanas.

Nelly bajó los libros y los sacudió cuidadosamente, los frotó con un paño y los depositó sobre la mesa.

Miró y remiró una vez más los catálogos con mano temblorosa y al no encontrar la más mínima referencia de ellos, se dispuso en primer lugar a abrir las fichas correspondientes.

¡Que libros más interesantes!

En las portadas, con letras que en otro tiempo habían sido doradas y que ahora aparecían descoloridas y borrosas, se podían leer títulos a cual más sugestivo.

Como estos:

«Ritos de la brujería en Nueva Inglaterra».

«Verdaderas y reales historias de las hazañas de las brujas».

«Sobre el arte de embrujar a los mortales y de cómo deshacerse de los maleficios».

A continuación, las fechas de impresión, que oscilaban entre 1783 y 1802.

Nelly llamó a Joe.

—¡Joe! ¡Vea lo que he encontrado!

Joe observó los tres libros sobre la mesa e hizo un gesto de desaprobación.

Gruñó:

—Ahora querrá usted que los limpie...

—No.

—Ah, ¿no?

—No hace falta. Yo misma los limpié. Pero fíjese, Joe, fíjese qué antiguos son... ¡Que títulos...!

—¡Bah! No dirán más que mentiras... ¡Brujas y brujerías! Usted no creerá en esas cosas absurdas, ¿verdad, señorita?

—Claro que no.

—Ah, bueno...

—Pero me gustará leerlos. Quien los escribió sí creía en todo ello, Joe. Además, ¿quién puede asegurar que las brujas no existen?

—¿Cómo?

—A lo mejor yo soy una bruja.

—¿Usted?

—¿Por qué no?

El tono y la sonrisa de Nelly desmentían las palabras. La última frase la había pronunciado en un tono lúgubre tan exagerado que Joe dejó oír una sonora carcajada.

—Usted es una bruja y yo soy el diablo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Así que tiene que obedecerme.

Nelly sonrió.

—Bueno.

—Ahí va mi primera orden: ¡a casita!

Todavía riendo apagaron las luces, cerraron la puerta y se despidieron el uno del otro.

Nelly se encaminó hacia el pequeño y cómodo apartamento donde vivía, apretando contra su pecho uno de sus hallazgos, el que creía que debía ser leído en primer lugar para comprender los demás.

El que llevaba el título de «Sobre el arte de embrujar a los mortales y de cómo deshacerse de los maleficios».

El título era muy largo, pero su contenido prometía ser interesantísimo.

Algo en su interior le decía que iba a disfrutar mucho con su lectura.

Se instaló cómodamente en su butaca preferida y comenzó a leer el libro.

Ni siquiera se acordó de cenar.

Hasta que el día empezó a clarear estuvo leyendo.

Cuando el sueño la rindió, Nelly conocía el contenido de más de la mitad del grueso volumen.

Al día siguiente, a media mañana, Joe se acercó a la mesa de Nelly.

—Que, ¿ha aprendido muchas brujerías, señorita?

—Muchas. Mire lo que dice en este párrafo.

Nelly buscó unas líneas del principio del libro y se las leyó al atento y escéptico Joe.

—«Para deshacerse de alguien debe confeccionarse una muñeca de unas siete pulgadas, en cuya fabricación es imprescindible emplear algún objeto o prenda de los usados por la persona a la cual se quiere causar el perjuicio. Se dejará la muñeca durante unas noches a la luz de la luna llena...»

Joe comentó:

—Si es verano, menos mal... Pero como sea en invierno, la que agarra una pulmonía es la muñeca.

Y se puso a reírse de su propio chiste.

Nelly dijo:

—Espere, espere... Hay más.

—A ver qué dice ahora.

Nelly siguió leyendo:

—«Una vez bañada por sus rayos, la muñeca tomará la personalidad de quien ha usado la prenda u objeto. Y si se clavan alfileres en las distintas partes del cuerpo de aquella, la persona embrujada sufrirá dolores en el mismo lugar. Si se atraviesa el cuerpo de la muñeca de parte a parte con un alfiler, la persona morirá, se halle donde se halle».

—Eso es una tontería.

—¿Por qué?

—Porque si fuera verdad, sería imposible capturar a ningún asesino... Con hacer una muñequita de esas, ¡zas! ya está.

—Oh, Joe...

—Siga, siga usted buscando... A ver si encuentra algo para quitarme este maldito reuma...

Nelly rio de buena gana.

Joe se fue y ella siguió leyendo el libro, cuyo contenido le parecía más y más interesante.

Interesantísimo...

Abstraída en la lectura, Nelly extendió su mano izquierda y se puso a jugar con un objeto metálico y redondo que sus dedos encontraron sobre la mesa. Al poco rato fue a volver la página y sorprendida miró el objeto que maquinalmente había estado manejando.

Era un botón.

De la chaqueta de Joe.

Nelly le llamó.

—¡Joe...!

—Enseguida voy, señorita.

Pero una idea repentina empezó a bullir en la cabeza de Nelly. Todo aquello que ponía el libro no eran más que fantasías y supersticiones, pero...

Un párrafo martilleaba su cerebro: «... un objeto o prenda de los usados por la persona...»

Nelly rio para sus adentros. ¡Tonterías! Pero... ¿por qué no? Joe sabría comprender la broma y luego se reírían los dos juntos.

Nelly se guardó el botón, sonriendo divertida.

Sí, sería un buen motivo de risa...

Joe acudió a la mesa de Nelly.

—¿Qué desea, señorita?

—¿Quién, yo?

—Usted me ha llamado...

—Ah, bueno... No, no era nada.

—Está bien. A propósito, ¿no ha visto usted por aquí un botón de mi chaqueta? Ha debido caérseme cuando charlábamos.

Nelly arqueó las cejas.

—No, aquí no se le ha caído.

—Bueno, buscaré por ahí.

Nelly sonreía muy divertida.

* * *

Nelly llegó a su casa y con varios retales confeccionó una muñeca a la cual le cosió el botón de la chaqueta de Joe.

Cuidadosamente le pintó los ojos, la boca y la nariz.

Añadió un gran bigote de retorcidas guías y con un retal de tela cuadriculada confeccionó una bufanda para el muñeco.

Cómo el propósito era únicamente gastar una broma a Joe, Nelly no pensó ni por un momento sacar su obra a la luz de la luna, de modo que la guardó en un cajón de la cómoda en espera del momento oportuno para enseñársela a Joe.

¡Cómo se iban a reír!

Nelly ya podía incluso imaginar la cara de sorpresa que pondría el bueno de Joe cuando le enseñara un muñeco que era su vivo retrato.

Bueno, casi...

La semana transcurrió como las anteriores. Joe bromeó con Nelly acerca de sus lecturas sobre brujerías y Nelly siguió leyendo página tras página hasta terminar los tres antiguos tomos referentes al fantástico tema.

Y llegó un viernes...

Nelly se disponía a ir a su trabajo cuando recordó el muñeco tan

cuidadosamente preparado y la broma que pensaba gastar a Joe, así que abrió el cajón de la cómoda, cogió el muñeco, lo metió en el bolso y se marchó a la biblioteca.

A media mañana, Nelly fue a llamar a Joe para mostrarle su obra, pero antes con un alfiler de regular tamaño la atravesó de parte a parte.

Así tendría más gracia...

Cerca de la puerta de entrada se oyó un escalofriante grito.

Nelly corrió hacia el lugar de donde había procedido el grito y vio a Joe tendido en el suelo, retorciéndose en los últimos espasmos del dolor. Sus ojos miraron por un instante a Nelly y luego quedaron fijos y fríos, sin ver nada más.

Había muerto.

La temblorosa Nelly aferró la mano de Joe desesperadamente, buscando un indicio de vida.

Tambaleándose, fue al teléfono y llamó a un médico.

Cuando este llegó, no pudo hacer otra cosa que confirmar la muerte del pobre hombre.

Nelly preguntó:

—¿De... de qué ha... muerto...?

—¿Padecía del corazón?

—Creo que no... Por lo menos nunca dijo nada.

—Todo parece indicar un ataque cardíaco. Un ataque fulminante.

Una ambulancia se llevó el cuerpo de Joe.

Nelly contempló horrorizada el muñeco en el cual destacaba el botón de la chaqueta de Joe.

—No puede ser... ¡Es imposible! ¡Eso no puede suceder...!

El cerebro de Nelly estaba a punto de estallar. Era inadmisibles que aquella broma sin mala intención hubiera dado aquel espantoso resultado. Las brujas, las brujerías, los maleficios... ¡Nada de aquello era verdad!

Sin embargo, había algo cierto: la muerte repentina de Joe en el mismo momento en que ella había atravesado el cuerpo del muñeco.

Nelly lo escondió en su bolso, cerró la biblioteca y salió a la calle.

Estuvo vagando por la población hasta que empezó a anochecer.

Sin darse casi cuenta de lo que hacía, llegó a su apartamento, se sentó y sacó el muñeco del bolso. Lo estuvo contemplando un largo rato. Luego fue a la cocina, encendió el horno y arrojó dentro aquel esperpento que nunca debía haber confeccionado.

Poco rato después, un pequeño montón de cenizas era todo cuanto quedaba del muñeco de trapo, y entre ellas, el botón brillaba intacto. Nelly lo cogió, abrió la ventana y lo arrojó lejos.

Pasaron varios días.

El recuerdo del viejo Joe no se apartaba de la mente de Nelly.

La razón le aseguraba que todo había sido una desgraciada coincidencia, una casualidad estúpida y fuera de toda lógica.

—Solo hay un medio de convencerme a mí misma de que yo no tuve la culpa de la muerte de Joe. Y este medio es demostrarme a mí misma que una muñeca atravesada por un alfiler no puede causar la muerte de nadie.

Un sábado, Nelly empezó a confeccionar otra muñeca.

Cuando la tuvo lista la envolvió en un pequeño pañuelo que ella misma había bordado hacía ya tiempo.

Luego cogió un largo alfiler, y con mano temblorosa, y tras unos segundos de vacilación, lo clavó lentamente en la cabeza de la muñeca.

Un horrible dolor le atravesó el cerebro.

Un dolor insoportable, agudo, persistente...

Antes de morir, Nelly creyó ver que en la pintada boca de la muñeca de trapo aparecía una diabólica sonrisa.

LAS FUERZAS OCULTAS

D

EL profesor Hal Stafford, en ciertos círculos, se decía que era «licenciado» en ciencias ocultas. Que conocía las fuerzas del mal y que las había visto de cerca.

Falso, completamente falso...

Hal Stafford, realmente licenciado en biología y ciencias naturales, nada tenía que ver con las fuerzas del mal y las ciencias ocultas.

Ahora bien, eso sí, era un hombre dotado de unas cualidades excepcionales, de una hipersensibilidad tan acusada, que tenía el don de advertir ciertos fenómenos para él anormales, mucho antes de que se produjeran; fenómenos que para el resto de los habitantes de Knoxville, tenían cientos de explicaciones verosímiles y plausibles.

Por sí solo, Hal Stafford era un hombre poco común, un ser que daba la impresión de vivir en otro mundo y de captar momentos a los que nadie tenía acceso.

Alto, de porte elegante, vestido con larga casaca de solapa estrecha con cuello de terciopelo, ceñida por la cintura y de un riguroso color negro. Pantalón de corte del mismo color, con una fina rayita blanca y botines de charol. Su atuendo iba complementado con una corbata de lazada azul oscura, camisa blanca y un bastón de bambú con empuñadura de plata.

Sí, Hal Stafford era realmente un hombre interesante.

Más que eso, impresionante.

Todos le miraban, más que con respeto, con temor.

Debería ser por lo de las ciencias ocultas y las fuerzas del mal.

* * *

Hal Stafford estaba sentado detrás de la mesa que se alzaba sobre un entarimado de madera, pero parecía ahora un hombre completamente distinto al que paseaba por las calles de Knoxville.

Estaba encendido.

Más que eso, enardecido.

Ponía una extremada vehemencia en las palabras que dirigía a su reducido auditorio. Reducido, porque se trataba de tres hombres y una mujer.

Todos ellos jóvenes.

Stafford, captado por su propia pasión, exclamaba en aquel momento:

—¡No basta con que tengamos poderes superiores a los demás seres humanos...! ¡Hay que desatollarlos! Una puerta que se cierra inesperadamente es algo que se atribuye a un soplo de aire... pero nosotros sabemos que ese acto lo han producido las fuerzas ocultas que nos rodean.

—¿Y cómo identificar esas fuerzas ocultas, profesor Stafford?

La lógica pregunta había surgido de labios de la bonita Sue Reynolds.

Hal Stafford no tardó demasiado en responder a su pregunta.

—¡Concentrándonos al máximo! ¡Forzando esos poderes que hemos recibido! Todo en la vida es cuestión de constancia, voluntad y esfuerzo. Tenemos que tratar a toda costa, de identificar la forma corpórea de esas fuerzas extrañas que nos rodean y que nosotros presentimos.

Jack Davidson inquirió:

—¿Y si nuestro esfuerzo resulta inútil?

—¡No puede resultar inútil! Ahora mismo vamos a efectuar una pequeña comprobación. Vuélvanse todos de espaldas.

Eso hicieron los cuatro reunidos en torno al profesor Stafford. Pusieron sus sillas de espaldas a la tarima que ocupaba aquel.

—Cierren los ojos y concéntrense... ¡Concéntrense!

Reinó un completo silencio.

—Tengo en mis manos unas cartulinas, en cada una de las cuales hay dibujado un poliedro regular convexo. Cada uno de ustedes, cuando le pregunte, deberá responder cuál de esos poliedros está representado en la cartulina que yo tengo en la mano. ¿Han comprendido?

Una afirmación unánime le contestó.

—¿Están preparados?

Volvieron a contestar afirmativamente.

Se oyó el barajar de las cartulinas entre sus dedos.

—Bien, vamos a empezar. Preparados, ¿eh?

Un silencio.

Y otra vez la voz del profesor:

—Señor Lack... ¿qué poliedro representa la cartulina que tengo entre mis manos?

Donald Lack, con seguridad, respondió:

—El hexaedro.

—¡Correcto...!

Y acto seguido, la próxima pregunta:

—Señor Davidson... ¿qué poliedro representa la cartulina que tengo entre mis manos?

—El tetraedro.

—¡No! No se ha concentrado usted lo suficiente. Es un octaedro. Procure encerrar su mente en lo que está haciendo, señor Davidson.

—Sí, profesor. Discúlpeme.

—Bien. Veamos, señor Neylan. ¿Qué figura estoy mirando ahora?

—El hexaedro.

—¡Correcto!

Preguntó acto seguido:

—Señorita Reynolds... ¿cuál es la figura dibujada en la cartulina que ahora estoy contemplando?

—El dodecaedro.

—¡Sensacional! ¡Sensacional! Vuélvanse.

Pusieron otra vez sus sillas mirando hacia la tarima que ocupaba el profesor Stafford.

—Estoy muy satisfecho. ¿Se dan cuenta? De cuatro pruebas un solo fallo. Eso afianza notablemente mi teoría acerca de los poderes superiores de que hemos sido dotados. Nuestra labor consiste en estimularlos y perfeccionarlos. Cuando lo consigamos, esas fuerzas ocultas que sabemos que existen a nuestro alrededor, serán visibles para quienes poseemos estos dones igual que lo es otro ser humano cualquiera.

Donald Lack preguntó:

—¿Está seguro de ello, profesor?

Hal Stafford se puso en pie.

—¡Claro que estoy seguro! ¡Por completo! Y también ustedes acabarán por convencerse. Por hoy, nuestra reunión ha terminado. Buenas noches a todos.

* * *

Sue Reynolds vivía en un viejo caserón heredado de su abuelo paterno; quizá el más lejano del término municipal del pueblo de Knoxville.

Pero nunca llegaba sola hasta allí.

Jack Davidson, que estaba perdidamente enamorado de la bella muchachita de ojos azules, la acompañaba cada noche, cuando salían de las reuniones presididas por el profesor Hal Stafford.

—¡Que tipo tan pintoresco!

Ella jugueteaba con los bucles de su cabello.

—¿A quién te refieres, Jack?

—Al profesor...

—¿Un tipo pintoresco? ¿Eso es lo que piensas de él?

—¿No te creerás las cosas que nos dice ese hombre, verdad, Sue?

—¿Y por qué no? ¿Es acaso extraño que unos seres seamos superiores... o más dotados que otros...?

—Bien, Sue. Pero debes reconocer que las cualidades o dones que el profesor Stafford trata de descubrir... o estimular en nosotros, son un tanto

anormales, ¿no?

—¿Anormales? ¿Por qué?

—¡Sue!

—A ver, dime dónde está la anormalidad.

Jack guardó silencio unos instantes.

—Tienes completa confianza en el profesor, ¿verdad?

—Sí.

—Sin embargo, Sue...

Ella se detuvo y se volvió hacia el muchacho.

—Escucha, Jack: no se trata solo de que tenga confianza en el profesor Stafford... es que presiento con toda certeza a las fuerzas ocultas que nos rodean.

—¡Sue! ¡Nos está embaucando!

—¿Qué dices?

—¿Es que no te das cuenta?

—No te consiento que en mi presencia hables así del profesor Stafford. Va nuestra amistad en ello. ¿Lo has entendido?

—Sue, lo mío hacia ti es algo más, mucho más que simple amistad. ¿Es que no puedes entender que te quiero?

—Y que si vas a las reuniones del profesor Stafford es por estar cerca de mí, puesto que las teorías de él no te interesan lo más mínimo...

—¿Tengo yo la culpa de estar enamorado de ti?

—Ya hemos hablado muchas veces sobre ello.

—Sue...

—Escucha, Jack: hemos tocado infinidad de veces este punto y me prometiste que no volverías a mencionarlo. Entre tú y yo... solo puede existir amistad.

Habían llegado frente al viejo y lóbrego caserón.

—Sue...

—Buenas noches, Jack.

—Buenas noches, Sue. Discúlpame.

Mientras se preparaba algo que cenar, Sue pensó con íntima satisfacción que ella podía llegar a ser una «vidente».

Retumbó el portazo en la buhardilla cuando ella se encontraba, precisamente, en la cocina.

Debía haber sido el viento...

Pero las teorías del profesor Stafford sostenían que aquellos actos eran causados por las fuerzas del mal.

Se envaró.

Porque ella... ¡podía captar las fuerzas del mal o fuerzas ocultas!

Quiso tranquilizarse, entreteniéndose en sus quehaceres domésticos, pero pronto resonó un segundo portazo.

Esta vez más cerca.

¿Venían a su encuentro las fuerzas ocultas?

No pudo evitarlo. Era un ser humano y, por eso, de pronto empezó a sentir en el interior de su cuerpo un pánico intenso, mientras exteriormente zozobraba como una hoja de árbol agitada por un terrible vendaval.

De repente... ¡se abrió la puerta de la cocina!

Sin que mano alguna accionara el tirador.

Se fue cerrando... lentamente.

Sue, con ambas manos aferradas a la garganta, retrocedió.

Sollozando.

—¡No! ¡Piedad!

Nadie respondió a su súplica.

Pero algunos de los objetos que había sobre la mesa... empezaron a moverse solos.

Y de todos aquellos objetos, solo uno tomó la invisible mano de las fuerzas del mal: el cuchillo.

Un enorme cuchillo de cocina.

Quiso lanzar un grito con toda la fuerza de sus pulmones, al tiempo que se acurrucaba contra la pared, pero sus atemorizadas cuerdas vocales se negaron a emitirlo. No podía ni sollozar tan siquiera.

Y... el enorme cuchillo seguía moviéndose solo, ya en el aire, ya en dirección a la garganta de Sue.

Fue entonces cuando ella consiguió soltar aquel espeluznante alarido:

—¡Aaaaaaiigggh...!

Pero... el cuchillo prosiguió su avance.

Ella, mortalmente aterrorizada, trató de aplastarse contra la pared, de fundirse dentro de ella.

Pero no, eso era imposible.

Y el cuchillo avanzó lentamente... Hasta que llegó muy cerca de la garganta que ella protegía con sus manos.

—¡Noooooooo...!

Aquel grito no podía detener a las oscuras fuerzas del mal.

Ni aquel grito ni un millón de gritos más.

Así... el cuchillo se clavó bestialmente, atravesando las manos y perforando la garganta de parte a parte.

El último y alucinante grito de Sue no llegó a ser exteriorizado por sus cuerdas vocales.

Fue resbalando hacia el suelo, pegada a la pared, entre riachuelos de viscosa y rojiza sangre.

Convertida en un bonito cadáver.

Suponiendo que algún cadáver pueda ser bonito, aunque sea el de la bonita Sue...

Hal Stafford, con su batín de raso estampado, solía leer junto a la chimenea hasta altas horas de la madrugada.

Por eso pudo hallarlo levantado el «sheriff» Pollack.

Al profesor le sorprendió la visita, pero el «sheriff» fue derecho al grano.

—Han asesinado a la señorita Sue Reynolds.

—¡Imposible...!

—Pues yo acabo de ver su cadáver con un cuchillo atravesándole el cuello.

—Bueno, quiero decir...

Hal Stafford, pasados los primeros instantes de sorpresa ofreció un asiento a su visitante.

El «sheriff» se sentó y Stafford hizo otro tanto frente a él.

—¿Un «whisky»?

—No puedo beber mientras estoy de servicio.

—¡Ejem! Le ruego que no levante la voz. Mi esposa y mi hijo duermen.

—Sí, claro... Disculpe, profesor. Bueno, ante todo quiero dejar bien sentado que mi visita no es oficial. No se trata de un interrogatorio. Solo he venido a estas horas a recabar cierta información.

—No debe disculparse, «sheriff». Pregunte todo lo que quiera.

—Gracias. ¿Es cierto que usted, la señorita Reynolds y otros caballeros se reunían en privado para celebrar cierto tipo de... reuniones?

El tono del policía molestó a Stafford.

—¿Qué tipo de reuniones, «sheriff»?

—Eso es lo que quiero saber. Reuniones... extrañas, según creo.

Stafford sonrió.

—Le han informado mal. Ciertamente me reunía con Sue y esos caballeros... pero nuestras reuniones no eran... extrañas.

—¿No?

—Nosotros... Sue Reynolds, Jack Davidson, Donald Lack, Walt Neylan y yo, somos «videntes».

El «sheriff» arqueó las cejas.

—¿Qué ha dicho que son?

—«Videntes».

—¿«Videntes»? Y... ¿qué es eso?

—Me llevaría toda la noche tratar de explicárselo. Pero intentaré resumir para que usted me comprenda. Nosotros disponemos de unos poderes especiales que nos permiten determinar el por qué de esos ruidos extraños que con frecuencia se producen a nuestro alrededor, justificándolos simplemente, y que en realidad tienen por causa ciertos

fenómenos a los que la mente humana en general no alcanza. Claro que existen ciertas excepciones...

—Ustedes.

—Sí, nosotros, los «videntes».

El «sheriff» se echó el sombrero de ala ancha hacia la nuca y se rascó la frente.

—Esa es una materia que no me permite entrar en controversia con usted, profesor. Lamento haberle molestado.

—No ha sido ninguna molestia, «sheriff».

—Una cosa tan solo. ¿Cree usted que el monstruoso crimen cometido en la persona de Sue Reynolds tiene algo que ver con esas reuniones?

—Estoy seguro de que no tiene nada que ver.

—Gracias. Buenas noches, profesor.

—Buenas noches, «sheriff».

* * *

Volvían a estar reunidos.

Pero algo tenso e indefinible flotaba en el ambiente.

Nadie hablaba de la ausencia de Sue Reynolds, pero todas las mentes giraban en torno a ella.

Hal Stafford comprendió lo que sucedía y trató de infundir tranquilidad a quienes le escuchaban, con su voz serena, gruesa, potente.

Dijo:

—Es muy lamentable lo sucedido a la señorita Reynolds. Pero, ante todo, tenemos que pensar que ese crimen está por completo desligado de nuestras conferencias. Hay cientos de asesinos que rondan por el mundo aguardando la menor oportunidad para perpetrar sus fechorías.

Jack, con el rostro desencajado y muy excitado, estalló:

—¡Tenemos que pensar en que ha muerto! ¿Qué haría usted si asesinaran a su hijo, profesor?

Stafford no perdió la calma.

Dijo, pausadamente:

—Comprendo sus sentimientos hacia la señorita Reynolds, señor Davidson. Y me hago perfecto cargo de que está usted desolado. Yo... lo crea o no, he lamentado profundamente lo sucedido a Sue Reynolds. No obstante... ¡debemos continuar!

Pareció que las bien meditadas palabras del profesor Stafford habían calmado un tanto la irritabilidad del muchacho. Al menos, permaneció sentado en su butaca silenciosamente.

Stafford prosiguió:

—La prueba de hoy, para estimular nuestras dotes de videntes,

consistirá en que ustedes, de espaldas, adivinen la carta de póker que yo tendré en la mano cuando efectúe la correspondiente pregunta. ¡Cierren los ojos y concéntrense!

Eso hicieron los tres compañeros del reducido auditorio.

—¿Están preparados?

Unánime respuesta afirmativa.

—Vuélvanse de espaldas.

Obedecieron.

Mientras el director de aquel conciliábulo encima de su mesa, barajaba un mazo de naipes.

Extrajo uno.

Preguntó:

—Señor Lack... ¿cuál es el naipe que sostengo entre los dedos?

—Sota de picas.

—Correcto... ¡Correcto!

Luego, tras un fugaz silencio:

—Señor Neylan... ¿cuál es la figura del naipe que sostengo en la diestra?

—As de corazones.

—¡Perfecto...!

Por último:

—¿Cuál es la figura que a usted le corresponde, señor Davidson?

—Pues... nueve de trébol.

—¡No! ¡No, no, no...! ¡Se distrae usted continuamente, señor Davidson! Y así no es posible llegar a ningún lado.

—¿Y cree que puedo ir a algún lado con Sue muerta?

—Hay que sobreponerse a las desgracias terrenas. Nosotros, señor Davidson, estamos muy por encima de eso. ¿Me ha entendido?

Jack se mordió el labio inferior, pero no dijo nada.

Habló de nuevo Stafford.

Dijo:

—Creo que es simplemente cuestión de tiempo y constancia el que lleguemos a identificar en su forma física... a las fuerzas físicas y fuerzas del mal que gravitan a nuestro alrededor.

Donald se puso en pie.

—Profesor Stafford... ¿cualquier acto momentáneamente no plausible de justificación lo atribuye usted a... las fuerzas del mal y fuerzas ocultas que nos rodean?

—Por supuesto.

Donald, no del todo seguro, volvió a sentarse.

—Gracias, profesor.

—Bien, caballeros. Mañana iniciaremos unos nuevos ensayos, los que

casi quizá me atrevería a llamar definitivos y que efectuaremos por medio del mesmerismo o magnetismo animal.

Neylan preguntó:

—Profesor Stafford... ¿qué es el mesmerismo?

—Es el nombre primitivo, o mejor dicho, génesis de lo que hoy conocemos por hipnotismo.

—Gracias, profesor.

—Bien, por hoy ha terminado nuestra reunión. Buenas noches a todos, señores... ¡Ah! Y tengan una oración o un recuerdo piadoso para Sue Reynolds.

Donald Lack siempre había sido un hombre más bien pusilánime y poco emprendedor.

Quizá el tropezarse con el profesor Hal Stafford y escuchar sus explicaciones habían hecho de él otro hombre.

Pero ni tan siquiera se había casado por el hecho penoso, para Donald, de declararle sus sentimientos amorosos a una mujer.

¡No era el momento de pensar en tales cosas!

Lo que ahora preocupaba a Donald era el hecho de pensar si de veras reunía cualidades para ser un «vidente».

Él, desde luego, oía ruidos extraños.

¿El viento?

¿Los vecinos de al lado?

¿Las fuerzas ocultas y las fuerzas del mal?

Resultaba difícil definirse por una y otra posibilidad. Pero si el profesor Stafford había dicho que él tenía poderes y podía llegar a ser un «vidente»...

¡Clop! ¡Clop! ¡Clop!

Donald, que ya se había puesto el brillante batín granate, se extrañó ante aquel sonoro golpetazo.

¡Clop! ¡clop! ¡clop!

Se repetía... y daba la sensación de venir del cuarto de baño.

Hacia allí se encaminó Donald.

Abriendo la puerta de par en par.

Nada.

Nadie.

¡Qué tontería!

Iba a cerrar, cuando...

¡Clop! ¡clop! ¡clop!

Ahora Donald se quedó paralizado por el terror. ¡Porque aquel incomprensible ruido había sonado en el interior del cuarto de baño!

Y de nuevo...

¡Clop! ¡clop! ¡clop!

—¿Quién... anda por ahí?

Silencio.

Silencio... pero sus ojos se tropezaron con una cinta de cuero, aparecida de no sabía dónde, que en forma de lazada, flotaba por el aire en dirección a su cuello.

—¡Nooooooooo...!

Quiso retroceder, pero el mismo miedo paralizó la rapidez de sus piernas.

La cinta de cuero en forma de lazada se enroscó en su garganta y fue estrechándose, estrechándose, estrechándose... Hasta que Donald Lack dejó de existir.

* * *

Walt Neylan era un tipo cuadrado, macizo, cabellos pajizos y ojos de tonalidad cenicienta.

Permanecía soltero porque era un devoto misógino.

Y además, siempre se había tronchado de risa cuando alguien explicaba con seriedad lo de las brujas, vampiros, fantasmas, aparecidos y todas esas cosas...

Sin embargo, el profesor Hal Stafford, había llegado a interesarlo con aquello de poder «ver» lo que no veían los demás.

En Walt, de siempre, podía más la curiosidad que la convicción.

A él, en el fondo, le importaban un comino las fuerzas del mal o las fuerzas ocultas. Él, lo que quería, era llegar hasta donde otros no podían.

Y si aquel tipo llamado Stafford, que parecía muy inteligente, decía que él tenía cualidades para ser «vidente»... ¡caray! es que podía serlo.

Bueno, tiempo al tiempo...

Como cada noche, tarareando una cancioncilla, se dirigió al cuarto de baño.

Tenía la antigua e inveterada costumbre de afeitarse por las noches.

Entró en el cuarto de baño y se miró al espejo.

Empezando a sorprenderle el hecho de que la navaja de afeitar... saliera sola de su estuche.

—¿Estaré viendo visiones?

No.

No estaba viendo visiones.

Porque la navaja de afeitar, en el aire, se abrió sola.

Pese a que se riera de brujas, vampiros, fantasmas, apariciones y todas esas cosas, Walt sintió que le inoculaban en su cuerpo un pinchazo por el que circulaba el terror, el pánico y casi la locura.

Se apoyó en el marco de la puerta.

—¡Eso no es posible...!

Nadie contestaba a sus palabras... pero el agudo filo de la navaja abierta seguía avanzando.

Quizá Walt empezó a comprenderlo demasiado tarde.

O fue muy torpe su huida.

Pero el tajo causado por la navaja que manejaba la mano invisible fue horrendo, espectral, infrahumano, haciendo que de él brotara la sangre, primero a borbotones, luego a raudales.

Ya nunca conseguiría Walt su sueño de «ver».

* * *

Jack Davidson estaba desolado.

La violenta y sangrienta muerte de Sue le había sumido en un caos de incomprensión y angustia.

—¿Por qué? ¿Qué daño le había causado a nadie la muchacha?

Llegó a la conclusión de que era inútil y de que, por desgracia... no conseguiría devolverle la vida.

Aquella noche se retiró más tarde que nunca a la habitación que ocupaba en la pensión de la señora Stevens.

Ya dentro del cuarto, sintió un calor agobiante.

E inmediatamente abrió la ventana.

Fue entonces cuando se percató de que unas manos recias, fuertes, invisibles... lo aprisionaban por la cintura.

Volviendo la cabeza se encontró con la habitación vacía, pero con aquellas manos que lo alzaban en el aire sin demasiado esfuerzo.

Comprendió inmediatamente lo que iba a suceder.

Y trató de luchar con todas sus fuerzas.

Pero de pronto se convenció de la inutilidad de ellas... al verse peligrosa y violentamente asomado a la ventana de la habitación del tercer piso que ocupaba.

¡Pronto se vio fuera!

En el aire.

Y entonces...

Las invisibles manos lo soltaron.

—¡Aaaaaggh...!

El alarido fue estremecedor, espeluznante, infrahumano.

Jack Davidson había estrellado los sesos contra el pavimento de la acera.

Jack, eterno enamorado de Sue, había muerto instantáneamente.

* * *

Para Hal Stafford, las noticias que recibió al amanecer siguiente fueron un auténtico aldabonazo mortal.

Las únicas cuatro personas que había encontrado con capacidad de asimilar sus enseñanzas...

Pero eso no era lo peor...

Lo peor era que él había ido, en pocos minutos, mucho más lejos que la policía. Él había comprendido que a alguien no le interesaban los seres «videntes».

Y el último, el profesor, el que más cualidades reunía era precisamente él... Por eso lo habían dejado para el final.

¡Pero era necesario tomar las debidas precauciones!

¿Y cómo?

Llamó inmediatamente a su esposa Mirna, la cual acudió un poco sobresaltada.

—¿Qué sucede, Hal?

—Bueno... lo que sucede es algo muy difícil de explicar y muchísimo más difícil de comprender. En este preciso instante, a partir del cual verás que hago cosas muy extrañas, no me es posible darte explicación alguna. Tú tienes confianza en mí, ¿verdad?

—Claro.

—Pues entonces, Mirna, debes hacer todo lo que yo te diga, sin efectuar la menor pregunta y sin poner objeción alguna.

Ella, resignada, se encogió de hombros.

—Como tú digas, Hal.

—Pues bien, voy a encerrarme en mi despacho... luego de haber quitado de él cualquier objeto que sirva o pueda ser utilizado para quitarme la vida, aprovisionado con víveres para pasar de tres a cuatro días. ¿Has entendido?

—Sí.

—¿Dónde está Bob?

Bob era su hijo, un chico de doce años de edad.

—Está en el colegio.

—Me disculpas con él y le dices que tengo que hacer unos trabajos de suma importancia para los cuales debo estar concentrado al máximo.

Mirna, aunque no comprendía en absoluto la extraña y repentina conducta de su marido, así como aquella serie de anormalidades, dijo con tacto:

—Haré lo que tú digas, Hal.

—Gracias, querida.

Empezaron inmediatamente a desalojar el despacho de Stafford de todos aquellos objetos que significaban, o podían significar, un peligro para la vida del profesor.

Luego, se procedió al amontonamiento de víveres.

* * *

* * *

Hal Stafford nunca hubiese llegado a pensar que la soledad entre cuatro paredes fuese tan horrible, tan insoportable.

Pero todo antes de perder la vida ante aquel «alguien» que temía a los «videntes».

El profesor, hora tras hora, fumaba con desesperación.

Hasta que llegó el mediodía del tercer día...

Y el pomo de la puerta giró solo, a pesar de que le había dado dos vueltas a la cerradura y guardaba la llave en el bolsillo del batín.

Por mucho que se esforzaron sus pupilas... en el momento de abrirse una de las hojas de la puerta, no vio a nadie.

—¿Quién está ahí?

Silencio.

Hasta que vio moverse la butaca que tenía al otro lado de la mesa como si un cuerpo tomara asiento en ella.

Y fue entonces cuando una voz dijo:

—Tranquilícese, profesor.

—¿Quién... quién es usted?

—Tenga la bondad de sentarse.

Eso hizo, temblando de pies a cabeza.

—Nosotros... somos seres procedentes de otro planeta que hemos llegado a la Tierra porque en ella existen medios para que podamos subsistir. Sin embargo, nadie puede vernos, a excepción de ustedes... «los videntes». Por eso nos hemos visto en la obligación de eliminar a todos aquellos a quienes usted deseaba desarrollar las dotes recibidas. Profesor, haga un esfuerzo de concentración, al máximo, y conseguirá verme unos segundos.

Hal Stafford cerró los ojos con fuerza, apretando los párpados violentamente, se congestionó su rostro, y los puños se le cerraron al apretar con presión demoledora.

La mente libre.

¡Abrió los ojos de repente!

Y, entonces, pudo ver a la perfección «aquello» que había sentado en la butaca de enfrente.

Era un «algo» de proporciones gigantescas, no humano, cubierto de un pelaje grisáceo, que tenía en la mitad de lo que podía llamarse frente un solo ojo enrojecido.

Al instante, los ojos de Hal Stafford dejaron de contemplar aquella visión espectral.

Siguió hablando el otro:

—Hemos eliminado a todos los que podían llegar a ser «videntes» porque tenemos planeado que en cada continente... solo exista una persona que pueda vernos y comunicar nuestras necesidades a los terrícolas... ¿Comprende, profesor?

—Intento... intento comprenderlo.

—Pues ha tenido mucha suerte, porque usted ha sido precisamente el elegido para que nos ponga en contacto con el continente americano. Esto es todo por el momento, profesor. Hasta que volvamos a vernos.

La butaca volvió a moverse sola.

Y segundos después, también la puerta del despacho.

Poco tardó Hal Stafford en salir gritando:

—¡Mirna! ¡Mirna!

Su esposa acudió con presteza.

—Pero... ¿no debías estar encerrado en tu despacho?

—Todo terminó, querida. Ahora podré explicártelo todo de principio a fin.

Pero fueron interrumpidos por la llegada del colegio del pequeño Bob.

—¡Papá! ¡Papá!

—Aquí estoy, Bob... Ahora podré ocuparme de ti.

—Papá...

—¿Qué?

—He visto salir de casa a un tipo muy raro.

Hal Stafford se puso lívido como la cera.

—No, hijo mío, no. Son imaginaciones tuyas.

—Que no, papá... ¿Quieres que te lo describa?

—No.

—Pero, papá, si no me estoy inventando nada. De verdad.

—Bob, he dicho que lo olvides...

Pero, de repente... la puerta de la calle empezó a abrirse por sí sola.

Y Hal Stafford, al borde del paroxismo, gritó:

—¡No! ¡Mi hijo no!

Pero la sentencia estaba dictada y era inapelable.

Solo un «vidente» para cada continente.

—¡Mi hijo no! ¡Mi hijo no! ¡Mi hijo nooooo...!

Pero el pequeño Bob... estaba siendo estrangulado por unas manos invisibles.

COLMILLOS ENSANGRENTADOS

A

LLA donde acaba la *pusta* húngara, empieza la región de Baliavasta.

Las montañas se alzan retadoras, cubiertas de inmensos bosques. Y presidiéndolo todo, sobre la cumbre del Poltonav, se levanta el castillo del mismo nombre, un castillo pequeño, pero de aspecto dantesco.

En la noche de los tiempos se pierde la historia de aquel castillo.

Nadie sabe quién lo construyó, ni qué impulsó al hombre que mandó erigir sus muros.

Se dice que fue el diablo.

Bien pudiera ser...

Las paredes del castillo son gruesas; sus caras norte y sur están construidas con enormes piedras. Para moverlas debió ser preciso el esfuerzo conjunto de más de cien hombres. Las otras dos caras del castillo están edificadas con piedras de menor tamaño.

Dicen los campesinos de la región, gente apacible, de cortos alcances, que aquellas piedras fueron pulidas y encajadas por las huestes de Satán.

Quién sabe...

Las almenas coronan toda la parte superior. Y a cada lado se alzan cuatro torreones acabados cónicamente, cubiertos de placas grises que poseen un extraño brillo.

En las noches de tormenta, frecuentes en Baliavasta, los rayos arrancan sorprendentes y rápidos destellos de aquellas techumbres.

Las paredes del castillo han sido ennegrecidas por el paso del tiempo.

Ahora está deshabitado, vacío... La gran puerta principal se halla siempre abierta, dejando paso a quién quiera franquearla.

Pero nadie de la región pasa el puente levadizo, siempre tendido, enmohecidas las cadenas, destrozado por el tiempo el engranaje que servía para alzarlo.

Nadie que conozca la historia el castillo se atreve a penetrar en él.

Y cuando es un forastero quien indaga, quien pregunta, quien busca el camino que lleva hasta el castillo, los hombres de la comarca tiemblan, palidecen y murmuran:

—No... no lo sé...

Tienen miedo.

Más que miedo, pánico.

Más que pánico, terror.

Y en verdad tienen motivos para ello.

Desde hace docenas de años nadie ha pisado el interior del castillo. Tampoco ha ascendido nadie por su serpenteante camino, del que ya poca cosa queda. La naturaleza se ha apoderado de lo que antes fuera un camino transitado. El bosque, a lo largo de decenios, ha avanzado y cubierto aquella franja de tierra hasta hacerla desaparecer.

El tiempo, lentamente, pero con seguridad, va dañando el castillo. Las enredaderas trepan por sus lúgubres paredes.

Pero el tiempo no ha hecho olvidar a los campesinos lo que sucedió muchos años antes, cuando aquella región formaba parte del imperio ruso y un zar la gobernaba.

En las noches de tormenta, con preferencia si coinciden con luna llena, en los hogares de los lugareños, junto al calor del fuego, agrupada la familia, se cuenta la historia trágica del zar Mihail Voronov, de su esposa, la zaresa Olga, y de Sadko, un leñador que amaba los bosques y su esposa Wanda.

Nadie escucha esta historia sin temblar.

Y todos, en las noches de luna llena, temen que Sadko aparezca de repente y les muerda en el cuello.

Nadie, ni uno solo de ellos, quiere convertirse en un vampiro.

* * *

Sadko ignoraba los años que tenía. Posiblemente rondaba el medio siglo. Simple deducción, pues carecía de cualquier dato que pudiera orientarle.

Se sentía fuerte, y eso le satisfacía.

Fuerte para abatir los árboles.

Fuerte para satisfacer a Wanda, su esposa.

No tenían hijos, pero confiaba que llegarían. Si él empezaba a ser mayor, Wanda era joven, de anchas caderas y ella le haría padre.

Aquel día había sido duro.

Durante toda la jornada cayó una llovizna constante, molesta, pero que no le impidió trabajar. Debía cortar ochenta árboles cada mes, era su obligación. Y debía arrastrarlos con una pareja de bueyes hasta la ladera del bosque que estaba talando.

Un trabajo duro, pesado, para ser realizado por un hombre solo.

Ni un día sin trabajo.

Ni un día sin que su afilada hacha se clavara en los recios troncos, sin que los bueyes, con su andar cansino pero seguro, arrastraran dos o tres de aquellos troncos.

Un trabajo constante...

Pero tenía una pequeña casa edificada con sus propias manos, en el centro de un claro del bosque. Tras la casa, un cobertizo en el que guardaba los bueyes.

La casa era pequeña, constaba de una sola habitación, pero a él le parecía mejor que el castillo del zar Voronov.

Además, en su casa le esperaba Wanda, con su sonrisa en los labios, con sus palabras amables, con sus caderas amplias...

Cuando se casó con Wanda, todo cambió para él.

Llevaba tres años casado y se creía el hombre más feliz del mundo.

Su mujer procedía de Stebasta, un pequeño pueblo asentado en la *pusta*.

Acudió allí un día de mercado. No quería comprar nada. Solo encontrar una mujer para compartir con ella su vida.

Recorrió el mercado, miró a todas las mujeres...

Escogió tres de ellas y se decidió por la que le parecía mejor.

Se trataba de Wanda, que se encontraba junto a sus padres, vendiendo ropa confeccionada.

Sadko no era hombre que hablara en vano, que gastara demasiadas palabras y rodeos.

Les preguntó:

—Quiero a vuestra hija para convertirla en mi esposa... ¿Cuánto pedís por ella?

Wanda bajó la vista, enrojeciéndose levemente. Pero sus ojos siguieron observando a aquel hombre.

El padre murmuró:

—Nos ayuda mucho... Ella cose la ropa...

—Veinte rublos...

—Ella vale mucho más...

—Por eso la he escogido. Pero no tengo más dinero ahorrado. Puedo proporcionarle una casa en el bosque, trabajo constante, comida y algún rublo para que compre su ropa. Trabajo para el zar Voronov y talo ochenta árboles todos los meses.

La madre, como si fuera un eco de su marido, repitió:

—Vale mucho más...

—Cuarenta rublos. Veinte ahora, los llevo encima. Los otros veinte dentro de un año. Pero durante los próximos doce meses, no te podrás comprar ropa.

Miraba a Wanda.

Ella replicó:

—Bueno.

Y el padre puntualizó:

—Veinte ahora, veinte dentro de un año.

Sadko pagó y aquella misma noche dormía ya en su casa, con su mujer.
Todo cambió.

Lo que antes era aburrimiento, se transformó en alegría. Wanda limpió la casa, colocó cortinas en la ventana al segundo año de matrimonio, y procuraba que dos días seguidos no se repitiera la comida.

Cuando Sadko llegaba a su casa, después de atravesar el bosque, se sentaba ante el fuego y empezaba a afilar el hacha.

Era una labor que la hacía a diario, con cuidado, con atención.

Después cenaban.

Luego se iban a la cama.

Y la vida seguía...

* * *

Aquel día, cuando concluyó su trabajo, cuando vio caer abatido el tercer árbol de la jornada, dejó el hacha, se escupió las manos, frotándoselas y se dirigió hacia su casa.

Cuando llegó, le esperaba una sorpresa.

Se encontró a su esposa caída en tierra, inconsciente.

—¡Wanda!

El grito fue un rugido de dolor que nació en su garganta sin poderlo evitar.

Algo, su sexto sentido, desarrollado por la soledad, le dijo que la muerte rondaba alrededor de su mujer.

La cogió, la depositó sobre la cama, con mimo, con una suavidad que a él mismo le sorprendió.

—Wanda...

A partir de aquel momento, Sadko creyó vivir las peores horas de su vida.

Pero no sabía que era solo el principio de lo que le esperaba.

Contempló a Wanda tendida en la cama.

Respiraba débilmente y su cuerpo estaba caliente, como si ardiera. Empapó su paño y lo colocó sobre la frente de su mujer.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Quedarse a su lado, sufrir, llorar por su impotencia...

O partir hacia el castillo, para buscar a alguien que le ayudara.

¿Ayudarle a qué?

En la comarca no había ningún médico. Solo una vez al mes llegaba uno al castillo para atender allí a todos los siervos enfermos del zar.

Pero quizás en el castillo hubiera alguien que podría hacer algo.

Si marchaba, dejaba sola a su mujer...

La acarició el rostro.

—Wanda, querida... Te dejaré, pero será solo por tres horas... Volveré con ayuda... Wanda, ¿me entiendes?

Ella seguía inmóvil.

Estaba más muerta que viva.

La muerte empezaba a apoderarse de ella, y todo acabaría cuando se adueñase de su corazón.

Sadko le besó la ardiente frente.

—Tienes que vivir...

Luego, dando media vuelta, abandonó la casa, dejando la puerta abierta, y empezó a correr en dirección al castillo.

Allí encontraría un caballo para regresar y alguien dispuesto a ayudarle.

El camino era largo: ocho leguas.

Pero Sadko era fuerte, sus piernas estaban acostumbradas al terreno duro y accidentado, y estaba seguro de que ningún otro hombre de la región llegaría antes que él al castillo.

La tormenta estalló media hora más tarde.

La lluvia, potente, fuerte, cayó sobre él, empapándole. Pronto sus pies se hundían en terreno encharcado, y los caminos descendientes se convirtieron en arroyos.

Sadko, jadeando, sintiendo el latir de su corazón como si fuera el redoblar de un tambor, los salvó y siguió su camino.

Llegar al castillo...

Encontrar ayuda...

Wanda... Wanda... Wanda...

Un trueno retumbó con un fragor inenarrable. Un rayo quebró la oscuridad del cielo unos instantes más tarde, y un nuevo trueno siguió al primero.

Parecía como si la tierra se abriera, como si el mundo se hundiese, como si todas las fuerzas del universo, de repente, y sus ojos se clavaron en el cielo otra vez negro.

Pero en sus ojos seguía brillando el zigzag quebrado de aquel rayo.

Un frío cervical le inundó.

—Wanda ha muerto...

Y bajo la lluvia, escondiendo el rostro entre las manos, estalló en sollozos.

Le fallaron las rodillas y cayó en tierra.

En la tierra reblandecida por el agua.

Wanda... Wanda... Wanda...

La lluvia, la tromba de agua, seguía desplomándose sobre él.

Cuando se levantó, dio media vuelta y regresó a su casa.

Ya no corría, ya no tenía prisa... Prefería retrasar al máximo el momento de enfrentarse con el cadáver de su mujer.

Una hora y media más tarde divisó su casa a la luz de un rayo, que la inundó de luz durante una fracción de segundo, destacándola en el centro del claro del bosque.

Llegó hasta la puerta como si sus pies estuvieran lastrados con plomo.

Difícilmente, cansino, agotado...

La puerta seguía abierta.

Penetró y miró el rincón donde se encontraba la cama.

Allí seguía Wanda, quieta...

Se aproximó a ella.

Quedó de pie ante la cama y su mano avanzó hasta acariciarle las mejillas.

Ya no ardía. Empezaba a enfriarse.

Se arrodilló junto a la cama y apoyó la cabeza en ella, sollozando.

Todo había acabado para él...

Su felicidad, su mundo...

Todo...

Sadko no supo que el tiempo pasaba. Solo sabía que las lágrimas nacían en sus ojos y que un enorme, indescriptible dolor se había adueñado de él.

La luz del nuevo día le sorprendió en aquella misma posición.

Primero fue una luz tenue, después más intensa, pero sin lograr vencer las nubes que cubrían parcialmente el cielo, nubes que seguían dejando caer la lluvia.

Cuando al fin Sadko se levantó, carecía de fuerzas.

¿Para qué vivir?

Le hubiera gustado morir junto a Wanda, junto a su mujer. Acabar.

Pero vivía y tenía que enterrarla.

Primero la vestiría. No quería que la tierra la recibiese si no llevaba las mejores galas de que disponía.

Abrió el arcón y sacó el único vestido que ella se había comprado en los últimos años. De color verde, con un reborde de pana negra.

Escogió la mejor blusa, hecha por ella misma, con una gorguera en la que bordó pequeñas flores verdes.

La vistió amorosamente, con cariño.

Después recogió su pelo con un lazo del mismo color.

La contempló con una infinita tristeza.

¿Era posible que ella mereciera la muerte?

Acercó una silla y se sentó junto al cadáver.

Sin saber por qué, empezó a cantar viejas canciones, como en las ferias y en las fiestas. Canciones que junto a Wanda había escuchado más de una vez y que sabía que a ella le gustaban. Su voz nacía quebrada por el dolor, pero siguió cantando durante más de una hora, hasta que ya no recordó ninguna otra canción.

Aquel fue su homenaje.

Nada mejor podía ofrecer a su mujer.

No comió, y no tenía apetito.

No bebió, y no tenía sed.

Por la tarde cavó la tumba junto a la casa.

No quería alejarse de ella. Quería poder contemplar la tumba desde la única ventana, quería tener siempre el último refugio de su mujer.

Fue un trabajo facilitado por la lluvia que había reblandecido la tierra. Seguía lloviznando, como en el día anterior, y el cielo continuaba encapotado y gris.

Se prometió que enterraría a Wanda cuando el sol se perdiera en su ocaso.

Hasta que esto sucediera, tenía tiempo para construir una cruz.

Se dirigió al cobertizo edificado en la parte posterior de la casa y escogió dos maderas apropiadas.

Luego se sentó junto al cadáver y empezó a labrar aquellas maderas con un afilado cuchillo de monte. Intentó crear unas pequeñas flores, igual que las que su mujer bordara en su blusa. Lo consiguió solo en parte; le faltaba la gracia que ella tenía.

Después, grabó el nombre.

Y la fecha.

Cuando concluyó, había ya oscurecido.

¿Para qué enterrarla?

¿Por qué no esperar al día siguiente?

Sería la última noche juntos. Después, la tierra convertiría en tierra el cadáver. Nunca más volvería a verla...

Limpió con un trozo de ropa el hilillo de babas amarillentas que nacía en los labios de Wanda, y decidió que la hundiría en la tierra a la mañana siguiente.

Una noche más junto al cadáver.

Una noche más.

Definitivamente, la última.

Encendió el quinqué, lo graduó, y otra vez se sentó junto a ella.

Su mirada se posó en la pared frontal. En ella cabalgaba un viejo trabuco heredado de su padre.

«Cuando un día no puedas más, lo cargas, lo apoyas en tu sien y disparas», le aconsejó aquel en una ocasión.

Ahora ya no podía más.

La desesperación se había adueñado de él.

También el desaliento.

El trabuco estaba cargado.

Apoyarlo y disparar.

Pero no tenía suficiente valor para ello.

Las horas pasaron. La tormenta amainó y las nubes empezaron a desgarrarse, dejando ver la luna.

Una luna llena, redonda, brillante, que iluminaba con sus metálicos y azulados rayos la superficie de la tierra.

Luna llena.

Noche de luna llena.

Sadko sintió que el cansancio le vencía. El sueño, lentamente, se apoderó de él. Inclino la cabeza, apoyó la barbilla sobre el pecho y cerró los ojos.

Durmió.

Y un tiempo después, quizá solo unos minutos, quizá horas, una sensación rara, extraña, llegó hasta su cerebro. Fue algo que inconscientemente le llamó la atención. Algo que se clavó en su mente adormecida.

Abrió los ojos, parpadeó...

Todo estaba sumido en las sombras. El quinqué había sido apagado, nada veía...

Y sin embargo, sentía que no se encontraba solo, que además del cadáver de Wanda había alguien más.

O algo más.

Avanzó la mano hacia su mujer... y no la encontró.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Quiso gritar, pero la misma sorpresa atenazaba su garganta impidiendo que hiciera un solo sonido en sus labios.

Sus pupilas empezaron a ver algo...

La luz de la luna llena penetraba por la ventana, dando contornos irreales, fantasmagóricos, a los pocos objetos de la única habitación.

Y aquella misma luz iluminó la «cosa».

Estaba sobre Wanda, a horcajadas.

El cadáver se encontraba atravesado en la cama, con medio cuerpo fuera de ella, con los pies tocando el suelo y con los brazos abiertos, ligeramente tendidos hacia atrás.

Aquella cosa tenía un aspecto vagamente humano.

Solo vagamente.

Era negra, delgada, pero su delgadez no emitía la sensación de debilidad. Por el contrario, poseía la fuerza de lo increíble, de lo fantasmagórico. Los brazos de aquella cosa se movían como si presionaran sobre Wanda, quizá para que toda la sangre afluyera hacia la cabeza.

Al hacer uno de aquellos gestos, sus uñas quedaron visibles, uñas azuladas, largas, parecidas a pequeños estiletes. Estaban hundidas en la garganta de Wanda y cada una de aquellas heridas dejaba escapar un

pequeño reguero de sangre... de la poca sangre que quedaba en su cuerpo muerto.

Sadko tuvo la sensación de que Wanda forcejeaba, se movía...

Pero era aquella cosa la que creaba la falsa vida con sus movimientos.

Gemidos inarticulados, mitad succión, mitad cortos rugidos de placer, nacían en la garganta de aquel ser demoníaco.

De repente, Sadko sintió que renacía en su interior la fuerza.

La voz, como un torrente impetuoso, avanzó por su garganta y afloró convertida en un aullido desgarrador.

—¡Wandaaaaa...!

La cosa alzó la cabeza...

Sus ojos, grandes, blancos, se clavaron en él...

Sadko, por su parte, dio media vuelta.

Pero no fue el terror lo que le obligó a ello, sino la necesidad impetuosa que sentía de coger el trabuco que colgaba en la pared y disparar sobre aquel ser monstruoso.

De un salto llegó junto al trabuco, lo empuñó y se revolió como si acabara de morderle una serpiente venenosa.

Lo hizo en el mismo momento en que la cosa se precipitaba hacia la ventana, arrastrando el cuerpo de Wanda.

Gruñidos inconcretos nacían de aquella garganta, gruñidos que nada tenían de humano, pero que estaban cargados de salvajismo.

Sadko apretó el gatillo.

El trabuco disparó, y una fugaz llamarada inundó la habitación de luz en el mismo instante en que la cosa saltaba por la ventana, arrastrando el cadáver.

El leñador no sintió miedo.

Todo el pánico que un hombre puede experimentar lo había ya sufrido.

Empuñó el trabuco por el cañón, convirtiéndolo en maza, y se lanzó hacia la ventana saltando por ella.

Sus pies se encontraron con el cuerpo de su mujer...

Y ya a lo lejos, la cosa, negra, alta, delgada se perdía en las sombras de la noche, resonando una lúgubre carcajada.

—¡Ja, ja, ja, ja...!

Una carcajada satánica que demostraba que la cosa tenía algo de humano.

Una carcajada que reflejaba alegría... pero también dolor.

Sadko no se lanzó en persecución de la cosa.

¿Para qué? Lo que él quería era recuperar el cadáver de su mujer. Y lo tenía a sus pies.

Dejó caer el trabuco, recogió a Wanda, y rodeando la casa penetró de nuevo en el interior de la misma.

—Wanda... querida... querida...

La dejó tendida sobre la cama. Luego buscó la yesca y volvió a encender la mecha del quinqué.

La luz se hizo otra vez y se acercó al cadáver de su esposa. Las ropas estaban sucias de barro, desarregladas...

Y Sadko sintió que un escalofrío de terror recorría violentamente su cuerpo, agitándole, helándole.

Fue como si un rayo frígido hubiera caído sobre él.

Cerró los ojos, se cubrió el rostro con las manos y susurró:

—No... no...

No podía creer lo que estaba viendo.

Y sin embargo, sus sentidos no le engañaban.

Estaba allí.

Sí, allí.

Volvió a mirar...

Era horrible.

La garganta de Wanda mostraba las señales de las uñas que se habían clavado en ella. Pero también se podía ver sobre la pálida carne las huellas de unos dientes alrededor de un trozo de piel enrojecida.

Pero algo más horrible había.

En la boca, entre los dientes, arrancado por un mordisco, no podía ser otra cosa, se hallaba un dedo.

Un dedo casi humano.

Un dedo de la cosa.

Sadko tuvo que hacer un esfuerzo increíble para avanzar su mano... Sus dedos entreabrieron los labios de Wanda y tuvo para ello que hacer un violento esfuerzo, pues la boca de la difunta estaba prieta, como si no quisiera dejar escapar su presa.

—¡Wanda...! Wanda, soy yo...

Y entonces los dientes dejaron de ofrecer resistencia y Sadko pudo apoderarse del dedo.

Sintió asco y miedo...

Comprendió que aquello estaba por encima de él.

Aquel dedo pertenecía a un ser demoníaco, a un vampiro. Se acercó a la luz y la contempló. La piel, azulada, negruzca en las articulaciones, era áspera, desagradable al tacto, endurecida. La uña aparecía curvada ligeramente hacia adentro. Tenía más de garra que de uña. Los nervios, los músculos, que colgaban un par de centímetros a causa del tirón que separó el dedo de la mano, aparecían acartonados, endurecidos como viejas cuerdas de esparto...

Sadko dejó caer el dedo sobre la mesa y lo contempló durante unos largos segundos.

Ni una gota de sangre lo manchaba.

El cuerpo a quién perteneció no tenía sangre.

Luego, regresó junto a su mujer. La abrazó y llevó a su lado. La idea de que quizás vivía cuando el vampiro intentó saciar su sed en la garganta de Wanda le atormentó durante largo rato.

Pero ahora, ahora estaba muerta, definitivamente muerta, entre sus brazos.

Permaneció abrazado al cadáver durante un par de horas. Y sintió cómo la frialdad de ella penetraba en su cuerpo y le llegaba hasta los huesos.

Al fin, se levantó, llevándola entre sus brazos.

Abandonó la casa y llegó junto a la tumba que había cavado.

Saltó al interior, la depositó con cuidado y luego empezó a cubrirla con paletadas de tierra.

La luz del nuevo día empezaba a teñir el horizonte cuando concluyó su trabajo. Sadko lanzó una mirada al cielo y vio aún en él la redonda y pálida faz de la luna.

Luna llena.

Noche de vampiros.

Clavó después la cruz sobre la tumba y regresó al interior de la casa. Necesitaba beber, más que beber, emborracharse con el fuerte «tosgarz», elaborado en la región. Solo así lograría olvidar por unas horas aquella tortura increíble.

Y cuando penetró, lo primero que sus ojos hicieron, fue mirar la mesa.

Allí, sobre la madera, junto al quinqué que aún seguía encendido, se encontraba el dedo.

Pero ya no era un dedo monstruoso, un dedo de vampiro...

La llegada de la luz le había hecho recuperar su forma normal.

Ahora era un dedo humano, y sangraba ligeramente.

Un dedo fino, largo, con una uña perfectamente redondeada.

Lo miró de cerca.

Era un dedo de mujer.

Y otra vez Sadko sintió que el terror se apoderaba de él, un terror tan incontenible que le lanzó fuera de su casa y le obligó a correr por el bosque, sin rumbo, chocando con las ramas bajas, sintiendo que los matorrales le golpeaban los pies.

Todo el miedo que hasta aquel momento había logrado contener, ahora le dominaba, le obligaba a huir, le inundaba.

Un dedo de mujer significaba que pertenecía a un vampiro hembra... y sabía que ningún mal peor había que un ser de aquel género y de aquella especie.

Los vampiros hembras volvían siempre a los escenarios de sus crímenes.

Siempre.

Cuando se detuvo, jadeando, con los pulmones a punto de estallar, se encontraba junto a un arroyo. Las aguas, a consecuencia de las últimas lluvias, habían crecido. Pero ya no tenían la fiereza de las primeras horas, y corrían plácidamente.

Se arrodilló junto al agua e hizo cuenco con las manos para beber...

Pero no llegó a hacerlo, porque vio su rostro reflejado en la corriente.

Su pelo se había vuelto blanco.

Completamente blanco.

Y su faz mostraba el paso de los años, años transcurridos en una sola noche fantasmagórica, que podía calificarse de irreal si no fuera porque encima de la mesa se encontraba aún aquel dedo.

* * *

Sadko no huyó.

Tenía miedo, pero se quedó.

Esperaba la luna llena.

Veintiocho noches debía esperar para que esto se produjera. Y veintiocho noches era tiempo más que suficiente para prepararse.

Se daba cuenta de que debería luchar y preparaba su arma, la única con la que se podía enfrentar con un vampiro: una afilada estaca de madera que le clavaría en el corazón.

Escogió un árbol que tenía una rama baja completamente recta, del grosor del brazo de un hombre. Abatió al árbol, cortó la rama y a partir de aquel momento, todo su tiempo libre lo empleó en aguzarla.

La pulió hasta que su roce fue suave. Después, con el mismo cuchillo de caza con el que grabara la cruz de la tumba de su esposa, aguzó la madera hasta convertir su punta en algo tan fino como una aguja, capaz de atravesar un cuerpo humano de un solo golpe.

Y cuando se sintió satisfecho de su obra, endureció el afilado extremo en el fuego, dándole una fortaleza muy superior a la que tenía antes.

Escondió la madera bajo la cama y se dispuso a esperar. La próxima luna llena era el día doce.

Tenía más de quince días para pensar en su venganza, para prepararse mentalmente.

Se repetía una y otra vez que no debía flaquear en el momento de la verdad, que no debía temer al vampiro.

El día uno, como cada principio de mes, recorrió las ocho leguas que le separaban del castillo de Poltonav.

Acudía puntualmente en busca de los doce rublos con los que el zar Mihail Voronov le pagaba su duro trabajo.

El jefe de las explotaciones forestales, un tipo rudo y grasiento, le entregó lo que le correspondía.

—Pasa a la cocina y caliéntate al fuego. Come algo y bebe un trago de «tosgarz». El zar invita.

No contestó.

Sadko casi no hablaba.

Penetró en la cocina, una sala amplia cuyo ángulo derecho desaparecía bajo la enorme campana de la cocina, y allí encontró reunidos a los demás leñadores, a los hombres que como él consumían su vida en los bosques, desperdigados unos de otros, sin contacto.

Una de las criadas del castillo le preguntó:

—¿Quieres buey?

Hizo un gesto afirmativo de cabeza.

Lo que quedaba de medio buey estaba ensartado en un asador que un muchacho hacía dar lentas vueltas sobre un fuego medio apagado.

La criada le entregó un cuchillo.

—Córtalo tú mismo... El pedazo que más te guste.

Obedeció. Cortó un trozo del lomo, dejó el cuchillo sobre la mesa y se sentó junto a sus compañeros, empezando a devorar la carne.

Un leñador le alargó una botella.

—¿Un trago?

Bebió.

Luego, sus dientes se clavaron de nuevo en la carne. Oía hablar pero no escuchaba lo que decían a su lado.

Uno de los leñadores decía:

—Fue mala suerte.

Otro añadió:

—Me lo contó Alexis hace dos días...

—Pero a cualquiera le puede pasar.

—Sí, a nosotros sí, pero a ella... Nosotros estamos metidos todo el día en el bosque, y un cepo puede cazarnos y rompernos la pierna. Pero caer del caballo, justamente sobre una trampa y que esta le arranque un dedo...

Las últimas palabras interrumpieron la masticación de Sadko.

Un dedo cortado.

Preguntó lentamente:

—¿Quién?

Sus compañeros le miraron sorprendidos.

—¿No lo sabes?

Sadko contenía el furor que sentía.

—¿Quién perdió el dedo?

—La zaresa.

La respuesta le sorprendió.

—¿La zaresa?

—Sí, la zaresa Olga... Cayó y tuvo la desgracia de que una trampa para cazar zorros le atrapara el dedo... Se lo arrancó de cuajo. Ella dice que sin dolor, pero la pobre habrá sufrido mucho...

—Sí, la pobre...

La sangre hirvió en sus venas.

Ahora sabía quién era su enemigo: la zaresa.

Cuando acabó el trozo de carne asada, se dirigió a un rincón donde se encontraba un cubo lleno de agua y hundió en él las manos para limpiarlas de la grasa.

Después, secándose con un trozo de saco, se aproximó al grupo.

—¿Cuándo sucedió eso?

Los leñadores hablaban de otro tema ya.

—¿El qué?

—Lo de la zaresa.

—Hace unos días...

Sadko dio media vuelta y empezó a despedirse, según era su costumbre. Luego se encaminó hacia la puerta.

—¿Te vas?

Hizo un gesto afirmativo.

—Saludos a Wanda.

Sadko, sin mirar la que había hablado, contestó:

—Murió hace unos días.

Ya afuera, atravesó el patio del castillo.

En aquel mismo momento llegaba el zar acompañado de su esposa. Tras ella marchaban los halconeros y media docena de ojeadores.

Sadko se quitó el gorro e inclinó la cabeza respetuosamente. Pero sus pupilas se clavaron en la mano derecha de la zaresa. Empuñaba las bridas de su caballo y le faltaba el dedo índice. La herida había cicatrizado completamente.

Entonces Sadko tuvo la certeza de cuál era el enemigo con el que debería enfrentarse en la próxima noche de luna llena, y dónde debía buscarle.

Desde aquel mismo instante se prometió que acudiría a la cita.

Y que lucharía con la zaresa en su propio terreno, en el castillo o sus alrededores.

Lucharía dispuesto a pagar con su vida el deseo, la necesidad de satisfacer su sed de venganza.

* * *

Los días pasaron lentamente.

Sadko miraba con frecuencia el sol, su único reloj, deseando que avanzara más rápido, que llegara otra noche y otro día, y así hasta la próxima luna llena.

Siguió puliendo la afilada estaca, contemplando con placer la punta... Pronto llegaría el momento de utilizar aquella arma.

El día once no pudo conciliar el sueño. Pasó parte de la noche sentado a la puerta de su casa, contemplando alternativamente la luna y la tumba de su mujer. La luz plateada de la noche iluminaba con tonalidades metálicas la cruz.

Al fin se tumbó en la cama, no sin antes lanzar una mirada al dedo del vampiro, aquel dedo bien torneado, hermoso si hubiera seguido unido a la mano a la que perteneció.

Al día siguiente, doce, Sadko cogió el hacha, no trabajó. Durante la jornada, en el bosque no se escuchó el rítmico golpear del afilado instrumento.

Pasó las horas contemplando la afilada estaca, el dedo, y sintiendo que las ansias de lucha, de venganza, lo inundaban impetuosamente.

Por primera vez se enfrentaría a un vampiro.

Había escuchado viejas historias de hombres que se encontraron en situaciones parecidas...

Y todos aquellos hombres murieron.

Él estaba dispuesto a vencer.

Cuando empezó a declinar el día abandonó su casa.

Bajo el brazo, envuelto en un trozo de saco, llevaba su arma.

Avanzó por los vericuetos montañosos con paso rápido.

Pronto, al subir una cumbre, divisó el castillo del zar y la zaresa. El sol se encontraba tras él y parecía como si los últimos rayos solares nacieran de las almenas, de las techumbres de sus torreones.

El espectáculo era verdaderamente bello, pero su belleza escondía algo de trágico, de terrorífico.

Sadko lo contempló unos segundos.

Después volvió a observar el cielo y calculó que dentro de media hora aparecería la luna llena con toda su luz, con su espléndida redondez.

Avivó el paso y salvó la última legua que le separaba del castillo.

Le costó poco saltar la cerca que rodeaba su gran jardín y avanzó con precaución, atravesando un cuidado bosque, hasta alcanzar la gran explanada verde que existía en la parte delantera.

Quedó acurrucado en un pequeño desnivel del terreno.

Desenvolvió el afilado madero, arrojó el saco a un lado y empuñó su arma con fuerza, disponiéndose a esperar.

Sus miradas se dirigían hacia el cielo, esperando ver aparecer la luna.

También hacia la puerta principal de aquel castillo.

La zaresa saldría por allí, tenía que usar aquella puerta. Se lo decía su sexto sentido. Era la zaresa, justamente ella, y no podía utilizar cualquiera de las otras puertas reservadas a los siervos.

Pasaron unos minutos más.

Y de repente, la luna apareció tras unas nubes.

Luna llena.

Sadko, con un gesto nervioso, hundió la mano en el bolsillo donde guardaba el dedo... y sintió un escalofrío cuando tocó, otra vez, aquel pedazo de carne repugnante. No necesitaba mirarlo para saber que de nuevo era una «cosa», algo reseco, áspero, de abultadas articulaciones, acabado en una uña azul y retorcida...

La luna llena de nuevo ejercía su nefasta influencia sobre el vampiro.

El corazón de Sadko seguía palpitando con fuerza. Una vaga sensación de angustia se había apoderado de él.

Pasaron unos minutos más...

La zaresa, el vampiro, no aparecía...

Sadko empezó a sudar. Gotas frías, casi heladas, nacían en todos sus poros y descendían por su rostro.

Unos minutos más...

¿Dónde estaba la zaresa?

¿Acaso se había equivocado?

Volvió a hundir la mano en el bolsillo y otra vez tocó el dedo... un dedo que recordaba perfectamente, y que no podía pertenecer a nadie más que a la zaresa. Las manos de las demás mujeres de la región acusaban el esfuerzo, el trabajo diario. La zaresa no trabajaba; solo vivía.

Y mientras aquellas ideas daban vueltas por su mente, se escuchó el chirriar, leve chirriar, de la gran puerta del castillo.

Sadko se alertó.

Vio cómo la puerta se entreabría lo suficiente para dejar pasar... a la cosa.

La luz de la luna la iluminó perfectamente. Alta, delgada, oscura, con un rostro cadavérico...

Avanzó atravesando la pradera, con pasos rápidos, como una aparición fantasmal.

Sadko dejó que se acercara. Tenía que hacer un esfuerzo tremendo para dominarse, para no lanzarse sobre ella...

Unos pasos más...

Solo unos más...

Y de repente, Sadko se alzó, armado de su afilado madero. Sus ojos se clavaron en el vampiro destellando furia, odio, maldiciones. Él y ella quedaron frente a frente, inmóviles, como dos estatuas, pero con todos los músculos preparados para la lucha.

El rostro del vampiro era pavoroso.

Esencialmente conservaba los rasgos de la zaresa, pero deformados como si un artista hubiera trabajado con un bisturí sobre ellos, impulsado su arte por la alucinación. Sus ojos aparecían agrandados, dejando ver la casi totalidad del blanco ocular, como si estuvieran a punto de escaparse de sus órbitas. Su nariz era aplastada, ligeramente alzada su plana punta, mostrando dos alargadas fosas nasales. Sus labios, de un color azulado, oscuros, se habían agrandado y dejaban ver dos afilados colmillos sin poder ser contenidos por el labio superior.

Su cabellera colgaba en guedejas, aplastada a su frente, a su rostro, resbalando sobre sus hombros.

Se cubría con amplias ropas negras. Tan amplias, que cuando alzaba los brazos parecían extenderse las membranas de un gigantesco vampiro.

La luz de la luna llena proyectó su sombra en el suelo y Sadko sintió que otra vez el miedo trotaba por su cuerpo.

Pero se fijó en la mano del vampiro.

Le faltaba un dedo...

Un dedo que él tenía en el bolsillo.

Lo sacó y lo arrojó a los pies de la zaresa.

—Es tuyo, maldita.

El vampiro no se movió. Se limitó a mirar aquel horrible pedazo de su cuerpo, pero ni un solo sonido nació en sus labios.

Fue Sadko el que primero avanzó hacia la zaresa.

—Acércate... acércate...

Empuñaba con fuerza el afilado madero, apuntando al corazón del vampiro. Cuando lo lanzara, tenía que estar seguro de que no fallaría, de que no erraría el golpe. Esta idea le hizo avanzar aún más...

Tres pasos más...

Y entonces, el vampiro se lanzó sobre él, rugiendo de un modo inarticulado.

Sadko alargó la mano, sintió cómo la punta de la madera chocaba con algo, se introducía en la dura carne de aquel ser diabólico, justo sobre el corazón...

—¡No he fallado...!

Pero todo se oscureció también a su alrededor.

Sintió que unos garfios se cerraban alrededor de su cuello, que algo, ¡algo! penetraba en su carne...

Mientras caía desplomado, comprendió que aquel «algo» eran los colmillos de la zaresa.

En su caída arrastró al vampiro.

Los dos forcejearon, lucharon, se enzarzaron en un combate feroz.

Rugidos, aullidos, sonidos horribles nacían en la garganta de aquel ser...

pero el ímpetu de su lucha decreció a medida que pasaban los segundos.

Aquella tortura que a Sadko le pareció infinita, solo se prolongó durante unos instantes.

Y cuando el vampiro se inmovilizó, el leñador, de un empujón, se lo sacó de encima. Se alzó tambaleándose, llevándose las manos al cuello, la parte que más le dolía... pero se olvidó del dolor al ver a sus pies al vampiro, atravesado el corazón por el afilado madero. La herida destilaba una sangre oscura, también de color azul...

Había acabado con él, lo había conseguido...

¡Acababa de vencer!

Y ahora, debía emprender la huida.

Cuando llegara la luz del nuevo día, cuando la luna llena desapareciera, el vampiro recuperaría el cuerpo humano en que habitaba. La zaresa emergería de aquellas formas alucinantes, y su cadáver quedaría allí, en el césped, cerca del castillo.

Sadko sabía que el zar removería cielos y tierras hasta cazar al culpable, hasta ahorcarle... y no estaba dispuesto a morir.

Contempló unos segundos aquellos restos. Luego, dando media vuelta, empezó a correr, huyendo hacia el bosque, hacia su reino, hacia su imperio. Lo conocía perfectamente y allí podría esconderse. Cazaría para vivir, esperaría que pasara el tiempo. El futuro... aún estaba lejano para preocuparse por él. Lo primero que debía hacer era huir.

Corrió con todas sus fuerzas durante un par de horas.

Al fin llegó a un arroyo.

Se arrodilló junto al agua, al igual que hiciera veintiocho días antes, cuando vio sus blancos cabellos, su envejecido rostro. Tenía sed y quería beber.

Pero no llegó a hacerlo, porque el agua, plateada débilmente por la luz de la luna, le devolvió la imagen de su rostro... un rostro que no era el suyo, pero que no podía pertenecer a nadie más que a él.

Le pareció imposible, increíble...

Su puño, en un gesto furioso, se estrelló contra aquella imagen destrozándola... pero cuando las aguas se quitaron otra vez Sadko vio sus ojos enormes, increíblemente enormes, sus rasgos endurecidos, su piel oscura, su pelo aplastado sobre la frente... y sus dos colmillos que sobresalían escapando de los labios, unos labios que mostraban unas durezas acartonadas...

Gritó algo... pero solo un rugido resonó en la soledad del bosque.

Sadko se incorporó de un salto...

Movió la cabeza de un lado a otro, negando... No quería aceptar aquella realidad pero... ¡pero era un vampiro!

La mordedura de la zaresa en su yugular le había inoculado el virus,

transformándole en uno de aquellos satánicos seres...

Corrió, corrió desesperado... asustado... empavorecido...

Corrió hasta que en su camino vio saltar un conejo.

Y entonces, con una rapidez que a él mismo le pareció increíble, se arrojó sobre el pequeño animal, lo cazó y sus dedos se clavaron en su cuerpo, al tiempo que se lo acercaba a los afilados colmillos y los clavaba en la garganta del conejo.

La sangre cálida brotó a borbotones...

Succionó.

Y se sintió feliz, inmensamente feliz...

Sadko el vampiro supo a partir de aquel momento que cada veinticuatro noches, cuando la luna llena estuviera en el cielo, podría alcanzar una felicidad que su otra vida no le había proporcionado jamás.

Cuando ya ni una gota de sangre quedó en el cuerpo del conejo, lo arrojó a un lado.

Ya sin miedo, siguió deambulando por el bosque.

A veces se detenía y alzaba su horripilante rostro, contemplando la luna cara a cara. Sus grandes y blancos ojos parecían mirarla con agradecimiento.

* * *

Aún hoy, en las noches de luna llena, los campesinos de la región de Baliavasta recuerdan a Sadko, el vampiro.

Todos temen encontrarse con él.

Todos temen que algún día Sadko se cruce en su camino y les clave los colmillos en la yugular.

Saben que Sadko vive, saben que deambula por aquellos enormes bosques...

Saben que nadie, ¡nadie aún! le ha clavado un trozo de madera en el corazón, única y segura forma de acabar con un vampiro.

Quizás algún día un valiente se enfrente con él y le extermine.

Si esto llega a suceder, la paz y la tranquilidad renacerán en la región de Baliavasta.

Por el momento, mientras Sadko siga vivo, la paz y la tranquilidad no existirán.

LA MOSCA Y LA ARAÑA



AN Bridget dijo:

—No estás bien. A ti lo que te conviene es una buena temporada de descanso.

Alan Reisner, al oír aquello, se puso a reír.

—¿Me estás recomendando un sanatorio psiquiátrico?

—No te hagas ilusiones, no te aguantarían... Tú estás más loco que los locos de verdad.

—Ese no es modo de hablar de un editor con su escritor preferido. Parece mentira, tú, editor de cierta fama, con un prestigio ganado a pulso... ¿Para eso me invitas a pasar unas vacaciones en tu residencia? Si lo sé no vengo.

Ambos hombres se encontraban en el jardín de la residencia.

—Sí, ríete mientras puedas. Pero como sigas así, acabarás mal.

—Pero si estoy descansando...

La vista del editor estaba fija en un rosal próximo, en donde a contraluz respecto al sol que ya se acercaba al horizonte, se transparentaba el sutil tejido de una tela de araña.

—Este no es el descanso que yo te aconsejo. Estás en mi casa, tienes criados, doncellas... tocas un timbre y acude un servidor a preguntarte qué es lo que deseas... Aire acondicionado, agua caliente, muelles colchones... No, no es esto lo que tú necesitas.

—¿No?

—No. Lo que tú necesitas es el contacto con la naturaleza, un contacto pleno y total, en un lugar donde no haya otro ruido que el murmullo de la brisa al pasar entre las ramas de los chopos y el susurro de la corriente de un río cercano.

Alan rio de nuevo.

—¿Qué bien descrito! ¿Me dejas que te lo copie en mi próximo libro?

—Hablemos mejor del último, si no te importa.

—Claro.

—Te lo digo por tu bien. Alan. Soy tu editor y tu último libro ha decaído algo con respecto a los anteriores. No me gustaría que empezases a deslizarte por la pendiente de lo fácil. Descansa un poco. Huye del bullicio de Nueva York, reflexiona contigo mismo y en contacto íntimo con la

naturaleza...

—Vamos, que lo que tú quieres es que yo haga una especie de retiro espiritual.

—¿Por qué no?

La vista del editor continuaba fija en la tela de araña.

Alan lo notó.

—¿Qué miras con tanto interés, Dan?

—Miro y admiro la paciencia de esa araña, que espera ahí, en el fondo de su tela, a que caiga una presa para devorarla. ¿No te parece admirable?

Alan se encogió de hombros. Las arañas le tenían sin cuidado.

—Bien, si tú crees que necesito una temporada de descanso...

—Lo creo. Y es más, haremos una prueba. Coge tu vaso.

—¿Mi vaso?

—Sí. Cógelo.

Alan obedeció.

—¿Lo ves? Te tiembla la mano. Puros nervios. Y si tenemos en cuenta que no eres un devoto del alcohol y que no realizas otros excesos, llegamos a la conclusión de que necesitas un largo período de descanso. Conviene a tu salud física y mental... y a los intereses de mi editorial, todo hay que decirlo.

—Está bien.

—¿Así que estás de acuerdo conmigo?

—Claro. ¿Por qué no? Me vendrá bien un descanso. ¿Sabes de algún lugar?

Dan Bridget extendió una mano.

—Un momento, Alan...

La tela de araña vibró súbitamente.

Una mosca acababa de enredarse en su tejido.

La araña abandonó su escondite como un rayo, apresó a la mosca y se retiró de nuevo a su guarida, todo ello realizado en fracciones de segundo.

—¡Increíble! ¡Qué rapidez! ¡Y qué paciencia!

—¿Qué estás diciendo, Dan?

El editor se volvió hacia su amigo.

—Perdona, Alan. ¿De qué estábamos hablando?

—No me digas que sigues pendiente de la araña...

—Ya no. Acabó todo. ¿Qué me decías?

—Te preguntaba si sabes de algún lugar donde pueda descansar.

—Conozco uno magnífico y lo sé seguro porque viví allí unos años en mi infancia. Es una comarca que no ha cambiado con el paso de los años. Se conserva, al menos en el paisaje, como hace cien años.

—¿Cómo se llama ese lugar maravilloso?

—Brastown.

—Hum... Suenan bien.

—Es un pueblo pequeño, típico, bonito, tranquilo... Llévate un bloc para que vayas anotando las posibles ideas que se te ocurran y, por supuesto, una caña de pescar... En casa tengo un mapa. Luego te enseñaré la situación de Brastown.

Alan Reisner tuvo bien pronto ocasión de comprobar que su amigo no había exagerado lo más mínimo.

Brastown era un pueblo encantador, con el aire típico colonial de las poblaciones fundadas doscientos años antes por los colonos anglosajones. Casas limpias, bien cuidadas, con el oscuro entramado de viguería resaltando en la blancura de las fachadas; tejados rojos o de pizarra gris y, en todo momento, una sensación de limpieza y pulcritud que aumentaban el atractivo de la contemplación del panorama.

Aparte de ello, el paisaje que rodeaba a Brastown no podía ser más hermoso.

Suaves colinas de redondeados contornos como senos de muchacha, árboles de perenne e intenso verdor, un césped deslumbrante y el río, fluyendo mansamente entre dos espesas hileras de álamos.

Para un hombre con la mente agotada por la ciudad y su turbulencia cotidiana, el hallazgo de un lugar como Brastown, donde las principales notas eran el silencio y la quietud, representó una revelación.

Se había llevado en el automóvil todo lo necesario para acampar.

No tardó en hallar el sitio adecuado, a orillas de un remanso, entre chopos, alternados con algún que otro frondoso roble.

Alan montó la tienda y preparó todo el equipo de acampar, en lo que se le pasó la mayor parte del día.

Buscó unas cuantas piedras y se construyó un rústico hogar.

Había llevado un hacha consigo y cortó algo de leña, con la que encendió una hoguera.

Cenó un poco y luego pasó un buen rato fumando una pipa mientras contemplaba el alegre bailoteo de las llamas.

Aquella noche durmió como no lo había hecho desde muchísimos años antes.

Al despertarse, admitió en su fuero interno la justicia de los consejos de su amigo Dan Bridget, el editor.

Después de desayunar preparó los avíos de pesca.

Entonces fue cuando divisó la casa, que la víspera se le había pasado por alto.

Estaba en las proximidades de la cumbre de una colina de suaves contornos, a unos trescientos metros de distancia, oculta casi por completo entre la vegetación. Era de tipo anticuado, construida por lo menos un siglo antes, de dos pisos y techo de pizarra muy inclinado.

Alan pudo ver dos chimeneas, pero no divisó humo en ninguna de ellas.
¿Estaría deshabitada?

Y despreocupándose del asunto, empezó a buscar cebo para sus anzuelos.

Una hora después se sentó a orillas del río, con la caña entre las manos.

Se sentía inundado por una paz maravillosa y notaba un consolador y progresivo relajamiento de su tensión nerviosa.

Sí, había sido una buena idea la de venirse a descansar en las inmediaciones de Brastown.

Los peces tardaban en picar, por lo que hundió en el suelo el cabo de la caña y se recostó sobre la hierba.

Su vista, vagando al azar por los alrededores, recayó sobre una tela de araña que había en un matorral cercano.

Podía ver claramente el redondo orificio de tejido que conducía a la madriguera del arácnido, cuyas patas asomaban ligeramente por el borde circular. En la tela de araña se veían asimismo los restos de los insectos devorados por la pequeña y paciente fiera.

Recordó a su amigo Dan Bridget.

«Miro y admiro la paciencia de esa araña, que espera ahí, en el fondo de su tela, a que caiga una presa para devorarla».

Era espeluznante.

Y luego, sin saber cómo, oyendo el frufrú de las hojas de los álamos y el tenue murmullo de la corriente, se quedó dormido.

Sonó.

Sonó que era una revoloteante mosca, joven e imprudente, que topaba de repente con la tela de araña y quedaba enganchada en ella sin poder soltarse a pesar de los esfuerzos que realizaba.

Sus movimientos provocaron vibraciones en la tela de araña, las cuales avisaron a la fiera que aguardaba en su madriguera.

Alan la vio salir a una velocidad increíble, moviendo sus ocho patas con ritmo acorde, y arrojarle encima atrapándole sin remisión.

Se debatió desesperadamente.

Todo inútil.

Los artejos de la araña se clavaron en el cuello y...

Despertó de golpe, lanzando un grito de espanto.

Estaba empapado en sudor.

La pesadilla había sido absurdamente real... pero no era ninguna mosca a punto de ser devorada por una enorme araña.

Volvió la vista hacia su izquierda.

En el matorral, la araña continuaba su paciente espera.

Alan sonrió.

—¡Uf! Menos mal que todo ha sido un sueño.

Y en aquel momento la caña se agitó.

—¡Mi primer pez!

Se olvidó de todo en su júbilo por la presa recién capturada.

* * *

Alan ya no volvió a soñar con la araña.

Había traído provisiones consigo y no necesitaba, por el momento, acudir a Brastown.

Alternaba la pesca con largos paseos y con el corte de leña para la hoguera de la noche.

Durante el día, el calor era enorme e incluso podía tomarse algún baño en el remanso, pero las noches eran frescas aún.

Tres días más tarde, cuando aguardaba pacientemente a que picase algún pez, oyó pasos en las inmediaciones.

Se volvió.

Una mujer se acercaba a aquel lugar.

El escritor se puso en pie inmediatamente.

Ella era una esbelta joven, que parecía más delgada de lo que en realidad era, a causa de su elevada estatura, pero con firmes y sólidas curvas que denotaban una estallante feminidad. Tenía la piel blanca y su pelo era negro como ala de cuervo. En su cara, de un óvalo perfecto, destacaban dos ojos grandes, rasgados, de pupilas tan negras como su cabello.

La mujer, con voz de dulce entonación, dijo:

—Disculpeme por haberle molestado. Estaba dando un paseo.

—No es ninguna molestia. Tal vez el importuno sea yo por haber acampado en el lugar de sus paseos habituales.

Ella sonrió ligeramente.

—No suelo venir mucho por aquí, la verdad, pero hace un par de noches vi un resplandor en esta parte del río y sentí curiosidad.

—¿Vive usted cerca de aquí?

—En la casa de la colina. Mi nombre es Ariadna.

—Perdón, señorita. He sido un grosero al no presentarme. Me llamo Alan Reisner, y soy escritor. Vivo en Nueva York.

Ariadna hizo una leve inclinación de cabeza.

—Es un placer, Alan. Continúe, por favor.

—Estaba pensando en que tal vez cometí una incorrección al acampar aquí. ¿Son suyos estos terrenos?

—Sí, pero no tiene ninguna importancia. Puede permanecer aquí todo el tiempo que guste. Con su permiso, voy a continuar mi paseo.

—Claro.

Ariadna se alejó con paso medurado, desapareciendo a poco entre los álamos.

Alan estuvo contemplándola hasta que se hubo perdido de vista entre la espesura.

—¡Qué hermosa muchacha!

Y luego volvió a sentarse junto a su caña de pescar.

* * *

Tenía apetito y decidió comerse un «sándwich» hacia mediodía.

Quedaban brasas en la hoguera y la reavivó con unas cuantas ramas secas. Luego arrimó la cafetera y esperó a que se calentase el café mientras devoraba un trozo de queso entre dos rebanadas de pan.

Los peces que pescara durante el día quedaban para caer en la sartén a la hora de la cena.

Estaba terminando de comerse el «sándwich» y se disponía a echarse el café en un pote cuando oyó pasos.

Volvió la vista y divisó a un hombre que se acercaba con una escopeta al hombro.

El recién llegado saludó:

—Hola. ¿Hay un poco de café? Me he pasado la mañana dando patadas por el campo y no he conseguido cazar un triste conejo. Soy Jesse Farrell, de Brastown.

—Yo soy Alan Reisner, de Nueva York. Acomódese por ahí, señor Farrell. Voy a ver si encuentro un vaso en mi equipo.

Pronto le entregó el recipiente.

Farrell había dejado la escopeta a un lado y probó el café, con gestos aprobatorios.

—Este es mejor que el que dan en la taberna del pueblo. ¿Mucho tiempo por aquí, señor Reisner?

—Un par de semanas.

Farrell hizo una mueca.

—En su lugar, yo levantaría el campo y me iría de aquí cuanto antes. A cincuenta kilómetros mejor que a veinticinco.

Alan enarcó las cejas.

—¿Por qué?

—La casa de la colina.

—¿Qué pasa con la casa de la colina, señor Farrell?

—Llámeme Jesse, como hacen todos... ¿Me pregunta qué pasa con la casa de la colina? ¿Es que no lo sabe?

—Soy forastero, Jesse.

Farrell meneó la cabeza.

—Mal asunto, señor Reisner. No es una vecindad conveniente, ni siquiera por el día.

Arrojó al fuego los posos del café y recogió la escopeta.

—Pero usted está pasando por las inmediaciones...

—Vi humo desde lejos y me acerqué a ver qué era. De todas formas, una cosa es pasar de largo y otra quedarse aquí. Siga mi consejo, señor Reisner.

—Si no me dice qué peligro puedo correr quedándome aquí...

Farrell le miró fijamente.

—Hay hombres que fueron a aquella casa y no salieron jamás. Lo único que salió de allí fueron sus esqueletos.

—¡Tonterías!

Farrell se encogió de hombros.

—La araña espera pacientemente a sus presas en aquella casa. ¡Adiós!

Y se internó en la espesura, dejando a Alan perplejo e irritado a un tiempo.

Pero había algo que le intrigaba. Por segunda vez en poco tiempo, otro hombre citaba una frase que había oído a gran distancia de aquel lugar.

«La araña espera pacientemente a sus presas en aquella casa».

«Miro y admiro la paciencia de esa araña, que espera ahí, en el fondo de su tela, a que caiga una presa para devorarla».

De repente se acordó de Ariadna.

Ariadna... la araña...

Simple coincidencia.

Nada más que eso.

Luego meneó la cabeza.

Leyendas estúpidas de aldeanos incultos...

Se sentía molesto por partida doble: por las frases de Farrell y por el café que se había quedado frío.

* * *

Estaba tan abstraído en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había alguien a su lado.

No se dio cuenta hasta que oyó un ligero carraspeo.

Alan se volvió.

Un instante después se había puesto en pie.

Ariadna dijo:

—Por favor, no se moleste por mí.

—No... no tiene importancia...

—Tal vez he venido a turbar su tranquilidad...

—En absoluto. Un poco de compañía de cuando en cuando alivia

gratamente la soledad.

—Es usted muy amable. Alan. ¿Se encuentra a gusto aquí?

—No puedo quejarme. Un buen amigo me recomendó estos parajes para tonificar mis nervios. Había trabajado últimamente demasiado y se dio cuenta de mi deficiente estado de salud.

—Habrá mejorado, supongo...

—Bastante. ¿Vive usted sola en la casa de la colina?

Ariadna hizo un gesto de asentimiento.

—Me gusta este lugar.

—Yo lo encuentro maravilloso. El año que viene, a poco que pueda, volveré a pasar otra temporada... en este mismo sitio. Y con permiso de la propietaria, desde luego.

—Lo tiene ya para siempre que quiera, Alan. Bueno, tengo que irme.

Ariadna se alejó con su paso gracioso y ponderado.

Una cosa observó Alan en ella: estaba sumamente pálida, con los labios casi exangües, en contraste con el relativo buen color que había visto en su cara días antes.

* * *

Atardecía.

Las llamas de la hoguera bailaban alegremente en la penumbra del ocaso.

Alan había limpiado ya dos hermosos peces y se disponía a echarlos en la sartén apenas estuviese caliente la grasa del tocino.

Entonces apareció un individuo.

—Hola, amigo. ¿Hay algo de comida para un hambriento?

Alan miró al recién llegado. Inmediatamente catalogó la especie a la que pertenecía.

Era un vagabundo, un tipo de esos que van de un lado para otro, sin rumbo fijo, pidiendo comida en los campamentos madereros, viajando subrepticamente en los trenes de mercancías y cortando leña en las granjas a cambio de comida.

Era joven, ya que no aparentaba más de cuarenta años. Sus ropas eran viejas, usadas, con algunos rotos, aunque relativamente limpias. Tenía barba de varias semanas y en su cara simpática chispeaban dos ojos penetrantes y observadores.

Dijo:

—Me llamo Gribsy.

—Yo me llamo Alan Reisner. Acomódese, compartiremos la cena.

Gribsy se acuclilló mientras contemplaba la sartén crepitante.

—Usted hace vida de campo por capricho, ¿verdad?

—En cierto modo.

—No está mal para unas semanas. Lo peor es cuando hay que hacerla día tras día.

—¿Por qué no busca trabajo?

—Eso es peor que vagabundear por ahí. Un día o dos, bueno... Pero toda la vida... ¡eso es horrible! ¿Quiere que le dé un consejo?

—Bueno, dímelo.

—Tengo experiencia. Es posible que llueva esta noche. Arregle el drenaje de su tienda, no sea que amanezca con el colchón empapado de agua.

—Lo tendré en cuenta, Gribsy.

El vagabundo elevó los ojos hacia la colina.

—Su tienda es muy pequeña y usted no querrá compartirla con un extraño. Allá arriba encontraré un cobertizo donde resguardarme de la lluvia.

Las nubes rodaban pesadamente por el cielo. El ambiente era húmedo, sofocante. Una tempestad con la que la primavera quería despedirse antes de dejar paso al inminente verano.

Gribsy sacó de pronto un viejo reloj de bolsillo, tan viejo que la tapa estaba oxidada.

—Las siete y cuarto. Este reloj es una de las pocas cosas civilizadas que conservo.

Después de cenar, casi de noche, Gribsy se dispuso a marcharse.

—No se olvide de lo que le dije acerca del drenaje de su tienda.

—Uso saco de dormir.

—Peor, entonces, porque si el agua se le mete dentro...

Bien, gracias por todo y adiós.

—Adiós, Gribsy.

* * *

Fue una tormenta bastante aparatosa, con abundancia de truenos y relámpagos. Los truenos, sin embargo, sonaban de una forma un tanto extraña: blandos, acolchados, como si entre Alan y la fuente de sonido hubiese una invisible cúpula de algodón.

Pero cayó bastante agua.

La tienda era bastante buena y no penetró una sola gota en su interior. El drenaje realizado en torno a la misma evitó la inundación que, de otro modo, se habría producido inevitablemente.

A pesar de todo, Alan tuvo que levantarse una vez.

Soplaba un viento bastante fuerte y uno de los tirantes se había aflojado. Era durante un intervalo de la lluvia y aprovechó la ocasión para

sujetar la cuerda falta de tensión. Con la ayuda de una linterna, reparó el desperfecto.

Sin saber por qué, se preguntó si Gribsy habría encontrado el cobertizo protector.

A punto de volverse a su refugio, brotó un enorme relámpago en el cielo negrísimo.

Alan miraba casualmente hacia la parte posterior de la tienda, orientada justamente hacia la cima de la colina, y la luz del relámpago le permitió una visión fantasmagórica.

La casa de Ariadna aparecía rodeada por una extraña e inmóvil neblina, curiosamente quieta pese al viento que soplaba, de la que brotaba una rara fosforescencia cuyo origen no supo a qué atribuir.

Pero, ¿era ciertamente la casa de Ariadna lo que estaba contemplando?

¿Era una casa o un monstruo sin nombre y sin forma?

Aquellos desmesurados brazos que se movían torvamente en el interior de la neblina, ¿a qué horroroso ser pertenecían?

La visión duró una fracción de segundo.

Alan estaba aturdido.

¿Dormía?

¿Sufría una pesadilla?

En lugar del trueno, tras el relámpago, llegó un espeluznante aullido, un alarido de infinito terror.

Alan sintió que se le erizaban los cabellos.

Una racha de lluvia le dio en plena cara, pero no la notó, gélido de pavor, espantado como jamás lo estuvo en la vida.

De súbito, brilló otro relámpago.

Volvió a ver la casa.

Pero ahora con su silueta normal, claramente dibujada en el centro de aquel inmenso resplandor, con todos sus detalles. Ya no había neblina ni se agitaba un terrorífico monstruo en su interior.

Alan sacudió la cabeza.

Tenías los nervios alterados por la tempestad, eso era.

La lluvia arreció y comprendió que lo mejor que podía hacer era guarecerse sin pérdida de tiempo.

Cuando despertó, a la mañana siguiente, el cielo estaba completamente despejado y lucía un sol radiante. No había el menor rastro de la tormenta de la pasada noche, salvo la abundancia de gotas en las hojas de los árboles y en los tallos de hierba.

Nubes de vapor se elevaban del suelo.

Se preparó el desayuno, riéndose de sí mismo y de sus temores.

No había visto nada extraño en la colina. Todo había sido una ilusión provocada por unos nervios sobreexcitados a causa de la tormenta. La

intensa carga de electricidad del ambiente había afectado su sistema nervioso, eso era todo.

De pronto, se encontró sin agua para el café.

Ordinariamente la tomaba del río, filtrándola después. Pero tras la tormenta, las aguas bajaban ligeramente turbias. No podía ni soñar en beber de aquel líquido.

En el coche tenía una lata vacía. La cogió.

Confió en que Ariadna le daría agua.

Emprendió la marcha a través del bosque.

Pronto salió a un espacio más despejado, de unos cien metros, a cuyo borde había más árboles: añosos robles y encinas principalmente.

La casa estaba rodeada por un círculo de árboles.

Alan se dispuso a atravesarlo.

De pronto, tropezó con una enorme tela de araña tendida entre dos robles.

Jamás había visto una cosa como aquella. Gotitas de agua se irisaban en los círculos de aquella espiral de seda. Una mariposa revoloteante tropezó de súbito con la tela.

Algo brotó de las ramas del árbol que tenía a su derecha.

Era un enorme arácnido, de patas velludas y ojos malignos, que se abalanzó como un rayo sobre el indefenso lepidóptero.

Alan sintió una oleada de horror que le revolvió el estómago.

De repente, presa de un terrible ataque de furia, agarró una rama que vio caída en el suelo y acometió al arácnido.

La pequeña fiera cayó al suelo, agitando coléricamente sus velludas patas. Un segundo después, el palo se abatió sobre ella, aplastándola en un instante.

Alan se retiró dos pasos, sudando copiosamente.

—¡Maldito bicho!

Procuró recobrase.

Rodeó la tela de araña, destruida solo en parte, y continuó su camino, ahora con más precauciones para no tropezarse de nuevo con otro de aquellos repulsivos animales.

Franqueó el cinturón de árboles y dio vista a la casa, ya a menos de cincuenta metros.

El edificio aparecía mudo, silencioso.

Alan avanzó una veintena de metros.

De repente, se detuvo, helado de horror, como si le hubiesen atornillado los pies al suelo.

Delante de él había un esqueleto humano.

Los huesos blanqueaban, completamente mondos, mientras que la calavera le dirigía una macabra sonrisa.

Pero de pronto se dijo que no era un esqueleto humano propiamente dicho.

—Tal vez sea un esqueleto de los empleados para estudios anatómicos... aunque no comprendo qué diablos hace aquí.

Esos esqueletos, siguió pensando, se fabricaban de plástico, con singular exactitud.

Ariadna, sin duda, le explicaría la presencia de la osamenta en las inmediaciones de su casa.

Pero, de repente, vio algo que le hizo temblar convulsivamente.

El reloj...

El viejo reloj de tapa oxidada de Gribsy.

Estaba entre el costillar, brillando parcialmente a los rayos del sol que caían con fuerza en aquel lugar.

Alan se mareó.

Todo dio vueltas a su alrededor durante unos instantes.

Pasaron algunos minutos antes de que se recobrara de la horrible sorpresa.

Luego dirigió su vista hacia la residencia de Ariadna.

Inspirando con fuerza, avanzó decididamente hacia la casa.

* * *

La puerta estaba entornada.

Alan la empujó y se asomó al interior.

—¡Ariadna!

Su voz produjo lúgubres ecos que se perdieron en el interior de la mansión.

Estaba bien decorada y la limpieza era notoria.

Una escalera conducía al piso superior.

Alan se sintió tentado de utilizarla, pero le pareció poco conveniente seguir más adentro sin permiso de la dueña de la casa.

—¡Ariadna!

Nadie le contestaba.

Alan comenzó a sentir cierta inquietud.

Llamó por tercera vez.

—¡Ariadna!

Entonces se fijó en una puerta que estaba al fondo, frente a la de entrada.

—Debe comunicar con la cocina.

Y, resuelto, avanzó en aquella dirección.

De pronto, oyó una voz sobre su cabeza.

—¿Llamaba usted, Alan?

El escritor levantó la cabeza.

De pie, ligeramente apoyada en el arranque del pasamanos, junto al corredor superior, estaba la dueña de la casa.

Ariadna vestía unos largos ropajes blancos, de tejido casi transparente, que permitía divisar a su través la mórbida escultura de su cuerpo perfectamente proporcionado. El pelo caía suelto sobre su espalda, en largas y brillantes ondas azuladas.

—Le ruego me disculpe, Ariadna. Me encontré de repente sin agua para el café del desayuno y... como el río baja un poco turbio a consecuencia de la tormenta de anoche...

Ariadna le dirigió una dulce sonrisa.

—Comprendo, Alan.

Y empezó a descender la escalera de un modo que parecía flotar en lugar de mover sus largas y esbeltas piernas.

Al llegar abajo, alargó la mano para tomarle el recipiente.

Alan la contemplaba como hipnotizado.

La mano de Ariadna estaba fría, aunque no demasiado. Era extraordinariamente suave y fina.

Alan se estremeció al percibir el contacto.

Y también se estremeció al advertir que el rostro de Ariadna había recobrado su color habitual y que sus labios poseían un tono rojo pleno de salud y de vida. Aquella palidez que él había advertido días antes había desaparecido por completo.

Ella continuaba mirándole, con la sonrisa en los labios, más bella y deseable que nunca.

Sin saber por qué, Alan se abstuvo de mencionarle el esqueleto de Gribsey.

Cuando salió, minutos más tarde, el esqueleto había desaparecido.

* * *

Había una laguna en los recuerdos de Alan.

Un período de tiempo de pocos minutos: diez, quince todo lo más... Había estado conversando con Ariadna, pero no lograba recordar el tema de la conversación.

Estaba seguro de que ella le había hipnotizado haciéndole creer que estaba a su lado, mientras escondía el esqueleto del vagabundo.

Era la única explicación que se le ocurría.

Y sus mejillas coloreadas y sus labios plétóricos de nueva vida...

¿Una mujer vampiro?

Pero los vampiros solo extraían la sangre de sus víctimas, no las devoraban por completo, dejando solamente el esqueleto...

Su mente era un torbellino en el que se agitaban los más dispares pensamientos.

Estaba sentado en la hierba, junto al matorral, en el que había una tela de araña, con su propietaria al fondo, en su guarida.

Podía ver claramente los diminutos ojillos, fosforeciendo en la penumbra del escondite.

De pronto, aquellos ojos se hicieron más grandes.

Ya no estaban en el cráneo de la araña, sino en la cara de Ariadna...

Lanzó un grito de horror y se puso en pie de un salto, retrocediendo un par de pasos instintivamente.

Miró de nuevo hacia el matorral.

Todo aparecía normal.

Había sido solamente una visión.

Alan se pasó una mano por la cara. Los nervios, murmuró una y otra vez.

¿Necesitaría de veras los servicios de un psiquiatra?

Una vez sonó de repente tras él.

—¿Le ocurre algo?

Alan volvió la cabeza.

Jesse Farrell se le acercaba a grandes zancadas.

—Le oí gritar...

Alan hizo un gesto negativo.

—Me di un golpe sin querer. Estaba distraído y...

—Bueno, siendo así... ¿Qué tal lo pasa?

—No puedo quejarme.

Farrell sonrió.

—¿Necesita alguna cosa del pueblo?

—No, gracias... ¡Ah! He conocido a Ariadna...

Farrell dejó de sonreír en el acto.

—¿A esa mujer?

—Parece que no le tiene mucha simpatía.

—A ninguna persona decente de Brastown le cae simpática.

—¿Por qué?

El cazador hizo un gesto de desagrado.

—Sería difícil de explicar. Nunca baja al pueblo, no se relaciona con nadie... Ya ve, ni siquiera acude a comprar su comida.

Alan sintió que un escalofrío le corría por la espalda.

—Iría a otro pueblo.

—¿A cuál? El más próximo está a cincuenta kilómetros y para ir a comprar allí sus provisiones tendría que pasar forzosamente por Brastown.

—Entonces, es que alguien se las lleva.

—Puede... pero si no es de noche y a altas horas de la madrugada,

cuando todos dormimos, no sé cuándo. Si pudiéramos, la echaríamos de estos lugares, créame. Además, se murmura que es una asesina.

Alan se puso rígido.

—¿Una asesina? ¿A quién ha asesinado?

—A gentes desconocidas, vagabundos que pasan accidentalmente por aquí...

Alan se acordó instantáneamente de Gribsy.

—Personas sin familia ni amistades, ¿no?

—Sí. Sé de algunos que dijeron ir a pasar la noche en la casa o en el cobertizo de la leña y ya no han sido vistos jamás. Desaparecieron sin dejar el menos rastro.

—¿Y ella? ¿De dónde ha venido?

Farrell se encogió de hombros.

—Apareció un buen día en la casa. Que yo sepa, tomó posesión por poderes, enviando la documentación por correo al juez de Brastown, que era quien se encargaba de la venta de la casa. Es todo cuanto puedo decirle.

Luego, el cazador dirigió la vista al río.

—Ha crecido un poco con la tormenta. Si lloviese como la otra noche, su campamento correría peligro.

—Lo tendré en cuenta.

—Bueno, yo me marchó. Tenga cuidado con esa mujer. Ya se lo dije el primer día: en su lugar, yo montaría el campamento a cincuenta kilómetros de aquí. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Profundamente intrigado por las palabras del cazador, Alan se sentó nuevamente en el suelo.

Miró hacia la tela de araña.

En aquel momento, el arácnido sacaba afuera los restos de una de sus presas, para mantener limpio el nido.

* * *

Alan divisó de lejos a Ariadna y se puso en pie para recibirla.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Hola, Alan.

—¿Qué tal, Ariadna?

—Lo pasa bien aquí, me imagino.

—Bastante bien. Su paseo diario, ¿no?

—En efecto. No pensaba pasar por aquí, pero me desvié para ofrecerle de mi casa cuanto pueda necesitar, Alan.

—Es usted muy amable, Ariadna.

Ella sonrió de nuevo.

—Aunque accidentalmente, somos vecinos. Si alguna noche se siente aburrido, venga a mí casa. Charlaremos amistosamente un rato.

—No me atrevería a molestarla...

—No sería ninguna molestia, se lo aseguro. Incluso me atrevería a invitarle a cenar un día de estos.

Alan se inclinó.

—Aceptaré con mucho gusto. Fije usted misma la fecha.

—¿Pasado mañana?

—Será un placer.

Ariadna le dirigió una cálida sonrisa y se dispuso a reanudar su camino. Pero, de repente, se detuvo y se volvió de nuevo al joven.

—Alan...

—Dígame, Ariadna.

—Le pareceré indiscreta, pero... ¿ha tenido contactos con alguno de los aldeanos?

—Realmente, se puede decir que solo he hablado con un tal Jesse Farrell...

—Es lo mismo. Tanto da uno como otro. Todos son iguales. Alan. Son gente inculta, ignorante, incapaz de comprender a los demás. Por el hecho que me guste vivir sola y no relacionarme con ellos, dicen y propagan de mí las más disparatadas historias. No las crea, se lo ruego.

—Lo encuentro muy natural. Yo sí la comprendo a usted. A fin de cuentas, ¿qué es lo que estoy haciendo sino viviendo en soledad? Pero, de cuando en cuando, agrada una compañía amable y atractiva.

Ariadna se sonrojó ligeramente.

—Gracias, Alan, hasta pasado mañana.

—Adiós, Ariadna.

Ella se perdió bien pronto de vista.

Alan se quedó pensativo unos momentos.

No, todo lo que había visto y oído era una pesadilla, un producto de sus nervios desatados, en el último de los coletazos de la tensión a que había estado sometido en los últimos tiempos.

A partir de ahora, se dijo, todo iría bien, normal, perfectamente tranquilo...

V, ¿cómo podía ser Ariadna una asesina?

¿A quién se le había ocurrido semejante disparate?

El día lucía radiante.

Tranquilizado, disfrutando de antemano con el agradable rato que iba a pasar en compañía de Ariadna, Alan empezó a preparar los trebejos de pesca.

Por la tarde, tumbado boca abajo sobre la hierba, abrió el bloc.

Era la primera vez que lo hacía desde su llegada a Brastown.

Se le había ocurrido una buena idea para un relato de terror.
Haría un esbozo del cuento, cuyo título ya había ideado.
El título era:

«LA MOSCA Y LA ARAÑA»

* * *

Llegó a la casa y llamó a la puerta.

El edificio, sin duda, había sido modernizado por su administrador, el juez de paz de Brastown, porque le había sido instalado un intercomunicador.

—¿Ariadna...?

—Pase, por favor, Alan. Estoy esperándole en el comedor.

El escritor empujó la puerta.

La casa estaba brillantemente iluminada.

A la izquierda divisó una puerta abierta a medias. Cruzó el amplio vestíbulo y se acercó a ella, terminándola de abrir.

Ariadna le esperaba en el comedor, sentada en un extremo de la vasta mesa, de tablero espejeante, salvo en donde estaban los mantelitos que soportaban la vajilla. Dos enormes candelabros de cinco brazos, con las velas encendidas, prestaban un singular encanto al ambiente.

Fuera, la temperatura era húmeda y bochornosa. Se adivinaba la inminencia de una segunda tormenta.

Ariadna estaba deslumbrante de hermosura, con un sencillísimo atavío, sin ninguna joya sobre sí. Era un traje de terciopelo negro, con un profundo escote que dividía en dos el busto, de proporciones perfectas, sujeto a los hombros por dos delgadas tiras de tejido de plata. La espalda, adivinó Alan, quedaba completamente al aire.

Ella tendió una mano hacia la silla que quedaba a su derecha.

Su voz era cálida y persuasiva.

—Siéntese, Alan.

El joven tragó saliva. A sus treinta y cinco años había visto muchas mujeres bellas, pero todas parecían horribles en comparación con Ariadna.

Se sentó.

Ella le sirvió vino en una botella de cristal tallado. El vino era transparente por completo, pero tenía un tono rojo vivísimo, como de sangre.

—Pruébelo, Alan.

Alan tomó un sorbo. El vino tenía un gusto rarísimo, aunque exquisito.

—¿Le gusta?

—Nunca había tomado nada semejante.

Ella inclinó la cabeza, agradeciendo la gentileza.

Un trueno retumbó a lo lejos.

—Va a haber tormenta. Si llueve demasiado, quédese en casa, con toda confianza, Alan.

—Gracias, aunque no sé si debo...

—¿Por qué no? ¿Teme a los comentarios de los pueblerinos?

—En absoluto, Ariadna, pero...

—Oh, no sea tonto. Usted es todo un caballero.

Ariadna tomó su copa y se la llevó a los labios.

Alan pudo observar la singular esbeltez de su garganta de cisne.

Al terminar de beber, ella le miró y sonrió.

—Termine su copa. Hay vino de sobra, Alan.

El joven volvió a beber.

El vino corrió por sus venas como fuego líquido.

Ariadna le contemplaba sonriendo dulcemente.

¡Qué mujer tan hermosa!

Estaba enamorándose de ella.

La vida, al lado de Ariadna, sería una maravilla.

Sus nervios quedarían curados definitivamente...

—Ariadna...

—¿Qué?

—Todavía no sé si es usted soltera.

Ella meneó ligeramente la cabeza.

—Mi corazón está libre, Alan.

—¿Y no ha sentido nunca deseos de casarse?

—¿Dónde está el hombre capaz de enamorarme?

Alan jugó con la copa vacía.

—Tal vez delante de usted, Ariadna.

Ella entornó los ojos.

—¿Sí, Alan?

—La he conocido hace muy poco, pero creo que ya estoy enamorado de usted.

—¿A pesar de las murmuraciones?

—¿Me cree capaz de dejarme impresionar por los comentarios de unos palurdos?

Ariadna inclinó la botella de nuevo.

Alan volvió a beber.

—Si supiera que sus palabras son auténticas, Alan...

Osado, Alan se puso en pie.

Ariadna le imitó.

¡Qué hermosa era!

Pero, ¿quién podía creer en los disparates que se decían acerca de ella?

Se acercaron lentamente, mirándose al fondo de los ojos. Los brazos de Alan rodearon el flexible talle de Ariadna. Ella elevó los suyos y enlazó su cuello.

Sus bocas se aproximaron muy despacio. Alan sentía contra su pecho el cálido palpitar de los senos de Ariadna.

Una tremenda ráfaga de lluvia golpeó los vidrios de la ventana. El trueno retumbó otra vez. Brillaron los relámpagos.

En el momento en que los labios de ambos iban a unirse, Alan notó que la cálida piel de los brazos de Ariadna se convertía en algo velludo, suave, repugnante... La boca de Ariadna se transformó en unas mandíbulas dotadas de unos artejos que buscaban con avidez su garganta.

¡La cara de Ariadna era...!

Un horripilante alarido hizo vibrar los cristales de la casa.

Los relámpagos quedaron amortiguados en su resplandor por la neblina de seda que envolvía el edificio.

* * *

Aquella noche la lluvia fue tan copiosa que el río subió de nivel y arrastró el campamento del escritor, llevándose incluso el automóvil.

A la mañana siguiente salió el sol.

La araña limpió su nido y sacó al exterior los restos de su banquete.

Una osamenta humana.

Después, la araña se dispuso a esperar una nueva presa.

MI ASESINO

T

ENGO que contarles a ustedes mi drama.

Un drama terrible.

Me encuentro en la necesidad de explicarlo, aunque sé que el que me escuche o me lea sentirá deseos de taparse los oídos o cerrar el libro para no tener que soportar relato tan vulgar.

Vulgar, pero real...

Deberían separar lo novelesco de lo histórico. Darle la importancia mínima que requiere un muerto escrito, un muerto en tinta y papel...

Y la importancia máxima a un muerto real.

¡Lástima que en lugar de letras no pueda dejar sobre esta hoja un cadáver!

No es este un relato más de celos.

¡Es mi vida!

Todo empezó cierto día en que un mago invitó a mi esposa a pasar el fin de semana en su finca.

El mago, un tipo que juraba poder dominar la vida y la muerte, el pasado y el porvenir, era un hombre relativamente joven, de esos que se les antojan tan interesantes a las mujeres; de sienes plateadas, de epidermis oscura, de ojos intensamente negros... Era alto y elegante, con un porte afectado, adquirido en los escenarios.

No sé por qué acepté la invitación.

Yo sabía que mi esposa se sentía atraída por él.

¡Lo sabía, diablos!

Sabía que se habían visto en incontables ocasiones.

Sabía que, si bien Shirley parecía estar hastiada de mí, no era mía la culpa, sino a causa de aquella irresistible atracción.

Y en mi vanidad hasta llegué a creer que el mago la había hipnotizado.

Llegué a la finca aquel viernes dispuesto a todo.

Apenas conseguí hallarme a solas con aquel individuo me encaré con él.

—¿Sabe quién soy?

—Claro. Usted es el esposo de Shirley.

—¡Vaya! No le gusta irse por las ramas. Mejor que mejor.

Sé perfectamente a qué obedece su amable invitación.

Él se sonrió.

—¿De veras?

Me molestaban sus ojos, negros como cuervos, su chispa de burla en ellos, la forma irónica de sus labios secos y misteriosos.

—A usted le gusta Shirley.

—Sí.

—¿No lo niega?

—No.

—¡Qué desfachatez! Usted reconoce que le gusta mi esposa.

El mago volvió la mirada hacia otro lugar.

En el jardín que se extendía al pie de las escalinatas de mármol había gente. Y entre la gente, algunas mujeres...

Una chica de unos dieciocho años, fresca como las rosas que en aquel momento estaban acariciando tiernamente, atrajo mi atención inmediatamente.

—Se llama Rodna.

—¿Quién?

—Esa chica.

—¿Y qué?

—¿Le gusta?

Advertí la trampa.

—Soy un hombre casado.

—Pero le gusta.

—Bueno... sí.

—Y a mí también. Toda mujer bonita ha de gustar necesariamente, y todo hombre sensato se ha de sentir orgulloso de que su esposa provoque admiración en lugar de provocar repugnancia o incluso indiferencia. ¿No lo cree así?

—Ahora sí se va usted por las ramas, amigo. Y repito que conozco los motivos de su amable invitación. Pero le advierto que permaneceré vigilante.

El mago se rio.

—¿Qué será de mí si todos mis invitados opinan igual que usted? No son ustedes mis únicos invitados a este fin de semana. Son cinco los matrimonios que han venido. No quería encontrarme solo... y pretendía ejercitar un experimento que no hace mucho he descubierto.

—No creo en sus palabras.

El mago encogió sus hombros cuadrados, tan anchos como insultantes.

—La libertad empieza en el pensamiento... y nada puedo hacer por usted en tal caso.

Quiso volverme la espalda, pero yo le retuve.

—Escuche, amigo: si intenta engañarme con mi esposa... ¡le mataré!

Y nuevamente se sonrió.

* * *

Yo no me separaba ni un solo instante de Shirley.

La seguía a todas partes, escuchaba sus conversaciones con los otros invitados.

Dejé de ser su marido para convertirme en su sombra.

Shirley se reía de mí.

Shirley me había descubierto.

—Si yo fuera una mujer perversa, alimentaría tus celos.

—Si el mago se acerca a ti... ¡lo mataré!

Shirley también reía.

En mis celos hasta llegué a creer que lo hacía como el mago. ¡Hasta ese extremo había llegado!

Rodna se acercó a mí y me habló. Su voz era dulce, cautivadora, melosa... Me hacía olvidar mis celos y...

Pero descubrí que el mago, tomándose vulgarmente un «martini» en el vestíbulo de mármol, me observaba. Desprecié a la chica y seguí tras el halo de Shirley, dispuesto a descubrir el menor gesto de inteligencia entre ambos.

La verdad es que me animaban intenciones asesinas. Lo había jurado y estaba dispuesto a cumplirlo.

Y Shirley reía.

Lo hacía con esa loca satisfacción de las mujeres que saben que han triunfado sobre el corazón de un hombre.

A la hora de la cena nos sentamos en una larga mesa al aire libre, entre manzanos y rosales, entre libélulas y grillos, junto a una fuente.

El mago se sentó en un extremo de la mesa; los demás comensales eligieron su puesto libremente. Reconozco que la cena fue muy animada y en ella imperó la cordialidad.

Cuando tomábamos el café y, muchos de nosotros ya en pie, fumábamos, el mago se acercó a mí.

—¿Está más tranquilo?

—Sospecho que me está desafiando... y que por lo tanto sus intenciones son apoderarse de Shirley pese a mi resistencia.

—Sería capaz de hacerlo.

—Inténtelo. Le mataré si pretende llevar a cabo su desafío.

Otra vez su sonrisa me abofeteó salvajemente.

—No hay nada más libre que el pensamiento.

—Ya lo ha dicho antes.

—También he dicho que no puedo hacer nada por usted. Pero sí puedo

hacer algo.

—¿De veras?

—Muy de veras. Reconozca en principio su drama. Usted es un ser humano y como tal no puede permanecer constantemente al lado de su bella Shirley.

—Lo estaré.

—Sí, claro. ¿Y mientras duerma?

—Estaremos juntos.

—Pero un hombre dormido es como un muñeco de trapo. ¿No puede traicionarle entonces?

Me molestó esto. ¡Claro que me molestó! Pero me limité a morderme los labios.

—He encontrado la manera de ayudarle, amigo mío. Tengo poderes sobrenaturales, usted ya sabe.

—Sé que conoce algunos trucos.

Mi insulto no hizo mella en él.

—Como quiera. El pensamiento, insisto, siempre es libre. Truco o magia, voy a ayudarle de acuerdo con mis posibilidades.

Me miró con sus ojos de buitre.

—Pasará las noches en vela hasta que se cerciore de la fidelidad de su esposa.

* * *

Cuando nos acostamos, Shirley todavía reía.

Yo al principio me molesté algo, pero como advertí que lo hacía cariñosamente, me sentí gratamente aliviado.

—Qué tonto eres.

Y me abrazó y me besó.

Y yo también la besé.

Y lo hice con ansia, como si acabase de recuperar algo que consideraba irremisiblemente perdido.

Y abrazados nos quedamos dormidos.

* * *

No sé por qué a medianoche me encontré en el pasillo. Ya ha transcurrido tiempo desde entonces y todavía no lo comprendo. El baño estaba en la misma habitación. Tal vez recordé a medianoche que no había sacado los zapatos fuera para que me los limpiaran y este fue el motivo.

El caso es que los zapatos estaban en el suelo y yo me encontraba abriendo una de las muchas puertas del pasillo pertenecientes a otras tantas habitaciones.

Todas las puertas eran iguales, pero los zapatos del suelo eran los míos y yo iba descalzo.

Por eso abrí y entré.

No era mi habitación, o por lo menos eso creí, porque en la cama estaban un hombre y una mujer.

Pese a saber que dormían musité unas palabras de disculpa y volví a cerrar, saliendo al pasillo.

Abrí otra puerta. En la cama dormía un matrimonio... y así todas las puertas de todas las habitaciones.

Acabé por reconocer que no sabía cuál era mi habitación... y por saber que en todas había un hombre y una mujer.

Y me dije que la tragedia se había consumado.

Una de aquellas mujeres tenía que ser Shirley forzosamente... y el hombre mi maldito rival.

Tomé un enorme candelabro para cumplir con mi juramento, busqué mis zapatos para saber cuál era la habitación y entré.

Reconocí a la mujer que dormía. ¡Claro que la reconocí! Era Shirley, y permanecía estrechamente abrazada por los brazos desnudos del hombre.

Me acerqué muy despacio, alcé el candelabro y lo descargué con toda mi fuerza.

Al primer golpe, la cabeza de mi rival se abrió. Pero repetí la suerte tres veces para convencerme de que estaba muerto.

Advertí las muchas convulsiones de su cuerpo al entrar en él la muerte, oí el ronquido de agonía...

Arrojé el candelabro a un rincón. Shirley se incorporaba en aquel momento lanzando un alarido terrible, capaz de despertar a todos los invitados.

—Tenía que hacerlo, Shirley. Había jurado matarle si se acercaba a ti.

Shirley no me miró. Ni siquiera parecía haberme oído.

De pronto se abrió la puerta y apareció un hombre, tras él una mujer. Otro hombre y otra mujer...

Todos miraban el cuerpo ensangrentado que yacía sobre el lecho. Miraban también a Shirley, que con el camión blanco ensangrentado lloriqueaba en un rincón presa de pánico y de horror.

Pero nadie me miraba a mí.

Y alguien dijo:

—¿Por qué lo has hecho, Shirley?

Entró más gente en la habitación.

Después entró el mago.

¡El mago!

Miré el cadáver.

¿A quién pertenecía el cadáver?

No se podía reconocer a nadie en él, con la cabeza tan destrozada y ensangrentada. Pero sí le reconocí por el pijama que llevaba puesto. ¡Era el mío!

Y yo no llevaba pijama. Tampoco estaba desnudo... No sé cómo estaba, porque me miré y no me vi.

Aquel rufián maldito me había separado en dos; había provocado un desdoblamiento en mi cuerpo dejando a un lado, en el lecho, la carne, y en el aire la vida.

Y este es mi drama... y el de Shirley, porque van a condenarla por el asesinato de su esposo.

¿Qué puedo hacer por ella?

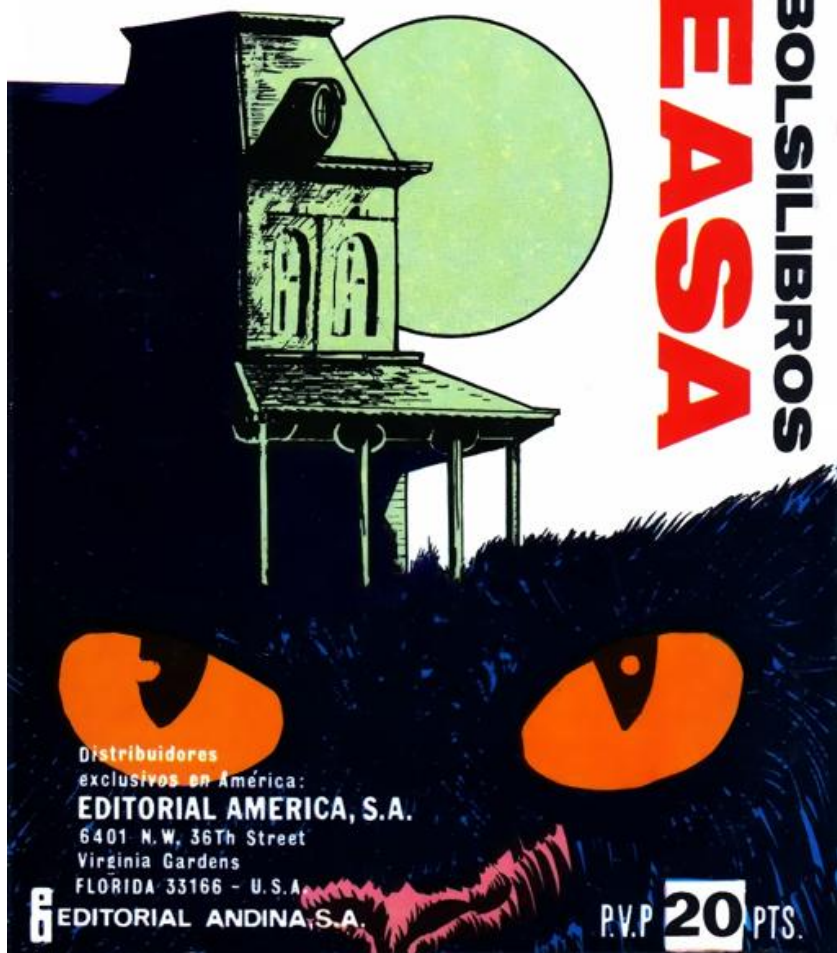
¿Qué puedo hacer por mí?

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.